

J. F. COLTA CORSINO



EL BENEFICIO

DE LOS

VALORES

IMPRESA POL HERMANOS, C. POR A.
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1954



11723-

BIBLIOTECA
República Dominicana

DONADO POR
Francisco C. Berro

OK. 2004

RECIBO
19 ABR 1991



20
101.8
A1856

Hay en todo individuo una fuerza o razón: SER, primer beneficio; luego, constantemente, dispone y disfruta de muchos otros para ser feliz: edificación de la vida, riqueza y poder.

Otro beneficio, el mayor de todos, la GRANDEZA: la gloria por el renombre y la fama; inmortalidad del alma, la bienaventuranza. Todo ello, manifestación de la divina naturaleza que nos asiste y en virtud de la cual debemos dar testimonio de nosotros mismos.

ACOSTA CORCINO.

435100

008268



DEL PADRE AL HIJO

Yo ví a mi Padre alzarse ante mí, palpé su infinita bondad, su poder y sabiduría; me extendió sus brazos en gesto cordial y justiciero, me habló, lenguaje suave, claro y preciso: he ahí el bien, para tí ha sido hecho, por eso sé hombre de bien; allí, el mundo, para que dé testimonio de Mí y de tí; esta, la virtud, para que ganes y llegues a la grandeza; aquel, el hombre, mi hijo y semejanza, para que le sirvas en mi nombre; esa es la luz, para tu mejor orientación, compenetración y distingas al bien del mal.

Ahora bien —prosigue el Padre—, esas obligaciones que contigo mismo tienes, te las creé al tiempo que te concedí el primer beneficio, razón de sér, para que te asegures en el mismo; notarás que nada material del mundo te satisface; ello es porque todo lo de esa especie es efímero, y porque aunque te hice flexible en tal sentido, es imprescindible proveerte de esas cosas, esto es, para que, en primer lugar, las consideres como necesidad de subsistir y, en segundo, como principio de evolución para la perfección de tu individualidad, mediante el ejercicio y actividad honrada y altruista de tu espíritu, de tu genio y voluntad.

Me dirás que me olvido de tí, cosa incierta y que considero un error de tu parte, porque yo siempre estoy presente en mis hijos, sólo que les doy libertad para que piensen y actúen como mejor les plazca; hasta permito que renieguen de mí; a eso llega mi bondad y mi justicia; al tiempo debido, a todos los juzgo para desheredarlos o hacerlos más de mí,

y precisamente, de ahí la falsedad de que estoy ageno a los acontecimientos de vosotros; los dejo, para que den prueba de ser mis hijos.

El dolor es una de mis manifestaciones con mis hijos; por ese medio les advierto su flexibilidad personal para que apuren en el cumplimiento de sus respectivas misiones, la perfección de la individualidad.

Oye mi palabra é interpreta lo que ves. La grandeza gloria, por la fama y el renombre, producto de la obra altruista del genio, lo hace imperecedero en el mundo de los hombres, vivo ejemplo para todos; la grandeza por el poder y la riqueza, ganados por la actividad equilibrada, fuente de la buena suerte, coloca al arquitecto en posición superior para que mediante el buen uso que le dé a esos, gane la grandeza inmortalidad del alma y la ya referida por la fama y el renombre.

Mis hijos no deben ni pueden apartarse del camino que yo les he indicado: el bien, porque para que lleguen a su feliz destino, los proveí de la luz, de la virtud, del ideal, de los sanos principios; por eso, si fracasan, culpa suya es y jamás pueden merecer mis glorias, ya que han traicionado su razón de sér, es decir, que la han quebrantado, tronchando, mutilado.

A mis hijos, para que vivan en el bien, sólo les basta fundarlo todo en el bien; ello es porque cada cosa debe estar en su lugar, o a la inversa, cada lugar con sus cosas; esto se explica por si solo, puesto que un objeto cualquiera que no corresponda a un sitio determinado, al llevarse a otro, no encaja, causa descompostura, le da mal aspecto a ese lugar, o trastorna el orden que se observa en él mismo.

Por todo lo que te he dicho, observa siempre una sana conducta y rigete por un ideal noble, que dén testimonio de ti; porque Os digo, que lo que el hombre hace, debe y tiene que ser bien hecho, porque de lo contrario deja de ser mi hijo, ya que para aquello lo habilité de poder y sabiduría; por eso si en error grave (capital) cae, pierde por siempre mis bendiciones, y es cuando realmente me olvido de él.

Que tus acciones sean concretas, produzcan la savia de vida que necesita el espíritu para la bienaventuranza; que tu ideal sea altruista, para que des de tu vergüenza, cuyas realizaciones darán testimonio de tí al través del tiempo y el espacio.

Sé consecuente contigo mismo, ello es, ocupándote de tí, dando beneficios de tí; porque al tiempo de darlos de buena fe, esos se multiplican y más opulento te hacen, tanto en el orden moral como material; además, para que te hicieras de aquellos, te di poder, y eso es una de las principales condiciones para evolucionar hacia la perfección.

Fijate, que las distintas manifestaciones de la vida se operen por tu ir y venir en la propia vida para derivar la vida; entonces, lo que se requiere es ajuste en todas las cosas; que todo lo que se haga sea hecho por el ideal equilibrado y siguiendo los sanos principios del bien.

No permitas que cosa dañina se acerque a tí; para ello tienes las armas: para descubrirlas, la visión, la razón y la conciencia; para desterrarlas, la virtud y la voluntad; a esas dos últimas, nada ni nadie puede doblegarlas cuando obedecen a inspiración sana y decidida, brotadas del espíritu.

Todo el que quiere me identifica; mas, nadie puede dar cuenta de mí, porque no me conocen; en cambio, me manifiesto en el hombre. Mi verbo es de salud y redención para la grandeza individual; el que busca, encuentra; para eso lo hice todo en demasia y todo lo multiplico a la vez para que cada uno de mis hijos lo disfrute, teniendo, desde luego, que ganarlo antes.

Si verdaderamente quieres mis glorias y alcanzar el triunfo, sigue mis principios, mantente en el bien para el bien mismo, y así estarás en mí y recibirás más de mí: primero, la felicidad; luego, la bienaventuranza.

II

S E R

Hay en nosotros una fuerza, ser, de donde depende todo lo demás: la vida, la gloria, la grandeza; la suerte, la prosperidad; en fin, la virtud, por quien se originó ese alto motivo, y por ello cada quien tiene que mantenerse en ella y para ella, esto es, siguiendo los sanos principios para evolucionar en favor de su perfección, para de ahí ascender a la bienaventuranza, supremo beneficio que nos concede Aquel que nos dió la vida.

Por lo antes dicho, como puede observarse, sér es el primer beneficio, beneficio funcional, o sea el vehículo para llegar y disfrutar de los demás ya citados y ganar el supremo.

Es que la vida está fundada por la virtud (voluntad del Santísimo) luego todo individuo tiene que regirse por ella para mantenerse en ella, desde luego, que al hacernos el Padre su semejanza, cada quien tiene plena libertad para accionar como le plazca; es decir, hay dos caminos: el bien para el bien mismo; el mal para la muerte.

Sér, es lo más significativo, el más grande misterio, la más alta bondad de Dios, porque con la fundación del hombre El manifiesta la esencia de su poder y sabiduría; con la libertad de escoger que nos da luego, su inmensa justicia; al legarnos la virtud, su interés y amor hacia sus hijos. Dónde mayores beneficios, porque ser es el primer valor y la virtud el supremo, entonces, lo que debemos hacer es ocuparnos de nosotros mismos, es decir, asegurar el alto motivo mediante el enaltecimiento que nos procuramos manteniéndonos o usando como pedestal el más beneficioso de los valores, la virtud.

Es que la importancia no está en la vida, ésto nos ha sido dada y está regularizada por Aquel, lo que importa y es imprescindible es el buen uso que hacemos de la vida para la vida, ello se explica porque los demás beneficios dependen de nosotros mismos, aquí entra la libertad que también nos legó El al tiempo de fundarnos la gran fuerza sér.

Por lo que antecede la sabiduría del hombre no tiene efectividad y deja de ser un valor, si no está inspirada por la virtud, ya que el beneficio no está en el manejo del objeto (la vida) sino en conocer la naturaleza, función y misión del mismo para fortalecer y satisfacer la sed de verdad de que padece el espíritu a falta de las atenciones que debemos prestarle.

El hombre no puede ignorar, mejor dicho, no darse importancia, eso sucede cuando por negligencia se desconoce a sí mismo: no calcula el alto motivo sér; el privilegio de que esta investido, semejanza de Dios; el beneficio funcional para los demás beneficios, la vida; y en fin, la bienaventuranza que le espera por la virtud, quien lo perfecciona.

Todos somos iguales, es decir, hijos del Ser Supremo; sin embargo, no todos aunque poseemos el derecho y podemos hacer uso de los grandes valores, no tenemos la misma potestad, o lo que es lo mismo, no somos dignos de los altos beneficios, ello porque no todos nos habilitamos para su disfrute. La habitalización del individuo para recibir los beneficios es la perfección del espíritu, y quien no alcanza tal grado es por negligencia, por tal se hace indigno de todo, hasta del motivo sér.

El hombre se mantiene ofuscado gastando de la vida para caer en la muerte (negación de los beneficios), ello porque persigue a todo trance y por toda vía el beneficio de lo material, al cual jamás llega, porque los desconoce, esto es, que los utilizamos en el sentido puramente material, no le buscamos la estructura espiritual para nuestra espiritualidad, y de ello, sí la revolución constante de las cosas en el espacio que habitamos, pero la misma carece de los elementos que necesitamos para la perfección y el eterno disfrute de los valores esta vez espirituales y materiales.

Los grandes beneficios de que todos disponemos la mayoría de esos los desconocemos por negligencia, tales como los hechos y las causas constantes, que se operan para nuestro bien; otros los desechamos por malos amantes de nosotros mismos que somos, ejemplo, el caso de la virtud, elemento que

nos legó Aquel para que nos perfeccionemos (dignos por siempre de todos los beneficios), a esa la mantenemos lejos de nosotros; el espacio y el tiempo, el primero nos dá la base y con que evolucionar para la felicidad, el otro nos indica el camino y cómo debemos actuar para lograr nuestras aspiraciones, las cuales en toda dirección deben ser lógicas.

En medio de tantas opulencias de valores, nos mantenemos miserables, carentes de todo, porque el sabio al desintegrar el átomo y hacer contacto con la Luna, lo ignora todo, desconoce por completo la misión, función y contextura reales de esos, y por tal los utiliza para fines de destrucción de beneficios; el rico de elementos materiales, se aniquila por avariento y deshereda a los otros; el poderoso, es jactancioso y criminal, desconoce el derecho y la conciencia de los demás; el profesor de física enseña la manera y la utilización de tal o cual elemento como de mejor efectividad de destrucción; del líder o magistrado depende la suerte de la nación y de las naciones, muchas han desaparecido y desaparecerán; en el gesto del juez está la suerte del individuo.

Por lo que precede podemos darnos perfecta cuenta que donde no está la virtud, no hay beneficios porque los valores se limitan a lo infundado material, nadie actúa conforme a la ética del espíritu, y en medio de tantas convulsiones, individualmente el ser humano tiene que cuidarse, es decir, no confundirse para hacer mal uso de la vida y desperdiciar el beneficio funcional para alcanzar y hacerse acreedor de los demás antedichos.

Como dijimos al principio sér es el beneficio funcional, una fuerza de motivo que impulsa todos los actos para que lleguemos a los valores.. Entre los grandes valores está la virtud, el primero de que debemos hacernos, ya que cuando nos mantenemos en esa lo hemos alcanzado todo, la vida y la grandeza.

Y es que el beneficio funcional tiene que triunfar sobre la muerte, porque el hombre ha nacido para la vida, por eso la fuerza de motivo, luego, la virtud, para el presente y el futuro.

III

JUICIO

Hay en nosotros un vehemente deseo de conocer o llegar a la verdad, aunque sobre ella vivimos, pero ello se origina como una condición para hacernos dignos del valor puro, ya que si no nos conocemos a nosotros mismos, menos podemos conocer el mundo; ello se explica porque el hombre vive aparentemente en un mundo exclusivamente material, y sólo percibe y persigue los valores de esa especie, por lo cual su sed de verdad crece cada día, puesto que el beneficio de esos valores, es tan insignificante que no alcanza a satisfacer en ningún caso el espíritu.

Es que el hombre por el ofuscamiento en que se mantiene persiguiendo los valores materiales, no puede identificar la verdad, por eso se desconoce a sí mismo, luego, desconoce el mundo en que habita, puesto que para edificar la vida es que él ha nacido, en cambio, lo que hace es destruir el beneficio funcional ser para llegar a esa; y así lo vemos: aquel que se cree triunfador, ya por el poder, ya por la riqueza, caer vencido bajo el peso de la avaricia o de los vicios; el que se cree dueño absoluto de la tierra, fracasar por la infundada convicción (falta de confianza hasta de sí mismo y de la virtud).

Nada que se haga con miras absolutista de satisfacción o beneficio material adelanta, puesto que el hombre tiene que dar testimonio de sí, de lo contrario fracasa, es decir, pierde su ser y la vida.

Hoy porque la buena suerte y las diligencias nos favorecen, obtengamos el beneficio de los valores relativos, nos enseñoreamos de nosotros mismos y todo lo de esos se nos presentan claro, entonces más apuramos para multiplicar y registrar esos valores como propiedad nuestra; en ello nuestra infelicidad, puesto que ya hemos adulterado nuestro sentimiento y la aspiración ha rebazado de lo real a lo falso, de lo posible a lo despreciable, de ahí que todo beneficio es dañino

por ser estrictamente material y esto, según hemos comprobado, si no obedece al equilibrio espiritual que en todo tiempo debe prevalecer en nosotros, como resultado dá la muerte, o sea la negación de los altos beneficios.

Es que todo individuo tiene que hacerse acreedor de los beneficios, aún de los materiales; ello se explica por la propia vida, la que se funda y mantiene en leyes equilibradas, dependiendo, asimismo, su clase del uso que se le da.

Para llegar a la verdad no tenemos más que llegar hasta nosotros mismos, en donde lo averiguamos todo para así hacer un juicio saludable y concreto de los valores que nos circundan y del que constantemente disfrutamos, como vehículo para llegar a los eternos y a los actuales.

El hombre lo llena todo y está hecho para disfrutar de todo, es decir, que los valores, materiales y morales, se refunden para sí, pero con la objetiva condición de que para recibir a esos debe estar culimentado, o sea preparado para que le sean de beneficio en todo tiempo: de utilización los materiales, eternamente los altos.

Todo lo que en nosotros hay es beneficio, hasta el mismo dolor que nos hace amargo el momento, pues él es el principal que nos enseña el beneficio de lo bueno, el valor de la vida y la necesidad de superación que tenemos que alcanzar para la perfección del espíritu, en vista de las miserias existentes y la flexibilidad de que está formada la personalidad humana.

El cumplimiento de la misión es el beneficio para el disfrute de los beneficios individualmente, por eso la verdadera honrabilidad deriva de la actuación y conducta que observamos a través de la vida, más que para ello nos fué concedida aquella.

El hombre negligente perpetuamente se queja de sí mismo, es decir, de que es un infeliz, y de esto en la mayoría de las veces culpa al Padre, cuando realmente aquello sucede porque no se dispensa atención, ya que para la felicidad están los valores en demasía, sólo que estos tenemos que adquirirlos

de acuerdo al conocimiento general, con el sudor de la frente y las honradas acciones.

Eternamente debemos clamar al Padre, quien a parte del beneficio funcional que nos concedió: la vida, el sér; asimismo regó caudal de valores en todo el camino, teniendo nosotros solamente que ocuparnos de recoger esos, por ello si nos mantenemos escasos, culpa nuestra es.

La sabiduría del Padre respalda su justicia, ello puede observarse en lo antedicho, que quiere decir, que al fundarnos (sér) nos coloca en un ambiente de opulencia de valores materiales y espirituales, ello con la condición, en primer lugar, de que nuestra subsistencia fluctúa por la diligencia que hagamos para recoger esos valores; en segundo lugar, para que le demos testimonio de ser acreedores de lo porvenir que El nos manifiesta mediante los hechos y las causas constantes.

para el disfrute de los valores es que hemos nacido, sólo tenemos que prepararnos. La verdad está en nosotros; si nos conocemos identificamos el misterio: la vida, la grandeza. Tenemos que dar testimonio de nosotros mismos, de lo contrario no hay beneficios, ya que carecemos de los valores materiales y los espirituales se alejan. Por suma obligación tenemos que ocuparnos de nosotros mismos, ello es, hacer beneficios para recibir beneficios, en esto estriba muy especialmente la misión individual, entonces, démosle cumplimiento para nuestro eterno bien.

Tenemos que aprender a distinguir el valor sencillo del alto, para así darle el uso correspondiente para que ambos nos presten los beneficios que necesitamos, y podamos mantenernos bien. Ese es el juicio conciente que debemos hacernos sobre nosotros mismos y los valores que nos rodea, para la mejor ventura de la vida y el sér.

IV

EL SER Y LA NADA

Haz de tu corazón un altar sagrado y de grandes concesiones, para que la vida te sea grata, reciba beneficios y produzca beneficios, en ello estriba parte de la misión individual y para lo cual Aquel nos dió vida, estableció las leyes y las causas constantes las que, si las interpretamos, podemos medir no solo la infinita sabiduría y justicia de El, sino también lo grande que hay en nosotros.

La mayor importancia en nosotros no está en nacer, aunque ello es el primer beneficio, sino en dar testimonio de nosotros mismos, o lo que es igual asegurar la razón, sér, lo que es imprescindible, ya que si no lo hacemos nos volvemos nada.

El hombre tiene que medirse, conocerse, que antes no era nada, que por voluntad del Santísimo respira, vive, que a parte de su formación (material) tiene un espíritu santo, sabio, que siente, acciona, dispone, que para ascender debe dar testimonio, y ello se explica por la justicia de Aquel que nos da libertad de escoger, es decir, ser perfectos para la grandeza, o caer en la nada por ineptos de servirnos nosotros mismos.

Ser, es el primer beneficio que funciona para el logro de infinidad de beneficios: la gloria, la vida, la grandeza; para ello la misión individual, porque no se nos podía hacer y colocársenos en el paraíso, de eso suceder, nadie tuviera concepto ni de sí ni de los valores de que disfrutara, entonces, todo lo que hay incluso nosotros, productos de la labor del Santísimo, careciera de importancia y en tal caso fuéramos inconvenientes.

Para vencer es que todos hemos nacido, es decir, afianzarnos como ser, por ello que todo se nos presenta problemático y todos tenemos que conquistarlo antes. Por ello que la aspiración obedece a la visión y al entendimiento, con los que nos formamos el acertado juicio sobre el valor del objeto, sin que ello sea motivo para podernos apoderar del mismo, sino que luego de ocurrir eso tenemos que encaminar la acción que

lo cargue y nos lo acredite como propiedad, y es cuando más realmente apreciamos la utilidad que nos reporta, esto se observa muy especialmente en lo material.

Nada tenemos que envidiarle al otro, porque los valores terrenos están multiplacados y pronto a beneficiar al que con el sudor de su frente u honrada acción los conquista, para así luego y del uso a que se destinen, produzcan valores altos con los que evoluciona y satisface la individualidad.

El hombre tiene una condición: ser, que es el producto del cumplimiento de su misión; otra, no sér, negación de los beneficios, que se opera por el desprecio que sobre la virtud tiene para así retrogradar y caer en la nada.

Esta vida que yo tengo, mi beneficio funcional, para ascender y dar testimonio de ser, yo no me la di, el que me fundó esa exclusiva oportunidad, me encargó de conocerme a mí mismo para conocerlo a El; de conocer el mundo, donde todos tenemos que residir, para formarnos a cabalidad un concepto de lo bueno y lo malo, de la salud y el quebranto, del sér y la nada; en fin, de la grandeza y la muerte; antes de ser eternamente o caer en el vacío de la nada, lo primero por la perfección que nos procuramos, lo segundo, por la negligencia para comprendernos para utilizar la virtud.

Llegué a la vida, primer escalafón para sér, lo escalé por voluntad de Aquél, lo que he comprobado a través de las leyes y las causas constantes que se originan al igual que el misterio de mi advenimiento; a brazo partido lucho por mi mejor subsistencia (salud y beneficio de valores materiales), mas esos no me satisfacen porque su savia es limitada, de ahí que siendo quien soy, un espíritu que tiene que perfeccionarse, viste una personalidad débil é inconciente, pero que hay que mantener honradamente, de donde se origina el conocimiento de lo bueno y lo malo.

Para subsistir tenemos que producir honradamente los valores materiales, expresión de sér, conocimiento y sensibilidad. Asimismo para evolucionar hay que acatar las leyes y mandamientos del espíritu (naturaleza del alma), de ambas condiciones los beneficios.

El cumplimiento de la misión individual se opera como una obligación para ser, lo cual se extiende en todas las direcciones para el acomodado o buen vivir, y para esto la actividad que tiene que desarrollar cada quien. Cada quien tiene su misión o se la crea de acuerdo con su moralidad, para ello el que nos creó nos dió libertad de escoger. Ay de aquel que no abraza con fervor una causa noble; en tal caso, cómo puede evolucionar su espíritu. La vida tiene su importancia, y precisamente esa importancia se la da la misión que tiene el individuo para ser, fuera de ella nada hay ni nada se es, ello se explica porque el hombre sin ideal ni obligación estuviera suspendido en un enorme vacío.

Hay beneficios por los valores materiales. Hay beneficios por los valores altos. Los primeros son transitorios, esto con la expresa condición que para adquirirlos tenemos que ganarlos, luego no nos satisfacen a cabalidad porque la personalidad es débil y tiende a desaparecer muy pronto. Los segundos están llamados a darnos la inmortalidad porque hacen evolucionar el alma hacia la perfección, por eso la satisfacción que nos producen es salvia de vida.

Por lo dicho antes, todo individuo tiene que abrazar un ideal alto, que corresponda a su moralidad; que lo consagre en la virtud para la virtud; que lo vivifique por el buen uso que hace los valores, para la mejor orientación en el cumplimiento de su misión, la perfección.

V

EL SER Y LA VIDA

Dos grandes cosas observa el hombre por las cuales tiene el deber y la obligación de darse importancia, o lo que es lo mismo producir valores en favor y que lo hagan acreedor de los exclusivos privilegios que se objetan en aquellas dos cosas, primero para hacerse grata la existencia, y segundo para dar testimonio de ser.

Es que ayer ni tú ni yo éramos nada, sin embargo, hoy, como por encanto de magia, llegamos a la vida, hecho que

se operó según podemos comprobar, por voluntad de un ser supremo, creador de todo lo que existe, y que como muestra de su infinita sabiduría y bondad, nos hizo su semejanza patética, incluso en poder, cosa que deja dicho al darnos libertad de escoger entre el sér y la nada.

Por ese alto beneficio se impone en nosotros una fuerza de eterna lucha entre la salud y el quebranto, la virtud contra el vicio; el saber y el poder (la verdad y la riqueza); la vida y la muerte; en una palabra, el bien contra el mal.

Lo antes dicho se explica porque somos verdadera semejanza de Dios, lo que quiere decir que tenemos que dar muestra de merecer tan alto privilegio para ser libres y cantarles a la vida, y esto no es posible si desconocemos el bien y el mal, y precisamente aquí el misterio del mérito para los altos beneficios: la vida perdurable, inmortalidad del alma, la grandeza.

Es que no podemos ser libres si ignoramos la verdad; imposible la vida sin ordenación; cómo disfrutar de los valores habidos si los desconocemos. Es que hemos sido fundados para la grandeza. El vaivén de la vida nos indica la importancia que hay en nosotros, de la potencia y sabiduría de que se nos ha habilitado para vencer, es decir, para edificar, dignificarnos.

Nuestro ambiente es el que habla, pues en él tenemos que edificarnos nosotros mismos, esto, que aunque Aquel que nos fundó, tenemos la obligación de ocuparnos, de mantenernos en alto, y lo hacemos creando valores puros que correspondan a nuestra moralidad para derrotar los bajos valores que a todo lo largo del camino no encontramos para debilitar el espíritu y hacernos azaroso el futuro. Eso es lo que tenemos que comprender antes de dar de nosotros.

Constantemente nos mantenemos bajo la impresión de desaparecer, ello no es una amenaza, sino una de las muchas advertencias que recibimos de la luz excelsa que a todos nos asiste, para ponernos bien en claro de la necesidad y obligación que tenemos de llegar a la verdad, y para que apuremos

en nuestro favor, ya que, como se puede comprobar, la vida es una causa (beneficio funcional) de que nos hace valer el Padre para que seamos perfectos mediante el uso de la virtud, uso que es útil por el conocimiento y aprecio de su contentividad que apreciamos por el vaivén de la vida.

Y es que nosotros no podemos ser perfectos si no damos prueba de ser, ello se explica por el hecho de que al desconocer lo malo, crearíamos y produjéramos lo malo, por la condición de que hemos hablado.

Ahora bien, pese a las incertidumbres de la vida, en nuestro ambiente hay un aliento, la virtud, suprema concesión para la felicidad y la purificación del espíritu: su evolución, conocimiento, perfección, fuera de ello lejos de la verdad nos colocamos, imposible disfrutar de los valores, puesto que no hay concordancia para resistir las embestidas de los acontecimientos que se suceden, buenos y malos.

El hombre tiene que dar prueba de ser, por ello las condiciones habidas, y aparte de su intuición, a medida que entra en la vida, va conociendo lo bueno y lo malo, de donde parte su potencia o debilidad, ya que, como es muy lógico, el objeto de su inclinación define su posición, ser eternamente por el bien, negación por siempre de los beneficios por la muerte.

Dicho lo que sucede, ser (el yo individual), para evolucionar, no porque el Padre nos haya hecho imperfectos, necesita el espacio y el tiempo, el beneficio funcional, la vida, dentro del cual tiene que desarrollar el mérito para disfrutar de lo que hay, tanto en una como en otra cosa, esto lo hemos dejado entender anteriormente.

La dicha de ser es lo más grande, cualidad que se completa con la vida, es decir, la oportunidad que Aquel dispensa para que nos hagamos meritorios de tan noble privilegio, mediante el testimonio que de su obra suprema debemos, esa, nosotros mismos.

No debemos olvidar para no dejarnos dañar, que todo lo que hay es beneficio, incluso el dolor, con el cual aprecia-

mos el quilate del valor alto y, además, nos enseña la putrefacción que contiene lo malo, por lo que tenemos que deshacerlo en todas sus formas.

Y es que no podemos ser hombres, que significa lo más grande, si no sabemos mantenernos en el bien, por ello la vida, donde tenemos que perfeccionarnos, es decir, conocernos y conocer.

VI

LA MISION

Lo más significativo en nosotros no es la vida ni el ser, sino la misión que nos encauza para la misma vida y ser, pues del o no cumplimiento de aquella depende nuestro presente y futuro, y además por encontrar dificultades para llevarla a cabo, por la necesidad de evolución en que nos mantenemos, para esto nos inspira un sano interés, y es cuando los sentidos cobran conciencia para el conocimiento y desarrollo del espíritu.

Pésimos defectos tenemos que nos restan personalidad y nos colocan muy lejos de la perfección, y para descubrir a esos tenemos que compenetrarnos, luego, para corregirlos, hacernos asistir de una disposición sana hilvanada por el saber y la voluntad.

Es que el hombre tiene que hacer un estudio exautivo sobre sí mismo, puesto que si se desconoce jamás notará sus flaquezas, lo que puede ocasionarle su derrumbe, debido a que continuamente incurre en actos ilícitos que lo hacen grotesco, y como la misión individual se origina para la perfección del espíritu, lo primordial es conocernos a cabalidad para así activar mejor en el cumplimiento de esa.

El hombre nace, primer escalafón para sér; crece y desarrolla, determinación del carácter, ambos beneficio funcionales, que activa para el tercer escalafón, la grandeza, que es

para lo que realmente cada quien tiene la responsabilidad del cumplimiento de la misión, y para trepar ese es que debemos coordinar nuestras fuerzas anímicas y substanciales.

El hombre fuera de la verdad se coloca, en lo espiritual, en el abismo; en lo material, en el caos, por ello el cumplimiento de la misión es la causa más noble por la cual debe luchar en todo tiempo, ya que la grandeza individual no es el hecho ser, sino el mérito que nos acredita y afianza tan alto beneficio.

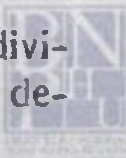
El mundo hay que vencerlo con ánimo, nobleza del alma y disposición de vida, pues ello es lo que nos dá y asegura la vida, porque el espíritu necesita sostenerse con lo que sí mismo produce, y si esta no es sana, ese no puede escalar hasta la grandeza. Sucede lo mismo en lo material, de cuyos beneficios se carece si no se activa en pro de recogerse, o si se llega a esos con medios impropios, se padece de miserias y el existir se hace penoso.

Y es que no debemos desperdiciar el beneficio funcional la vida, ni mucho menos despreciar ser, en tal caso meremos más que castigo, la nada, puesto que si respiramos, accionamos, concentimos, sentimos, vamos y venimos, ello debe de estimularnos para mantenernos en alto, para lo cual sólo tenemos que seguir los principios los que se manifiestan continuamente para nuestro bien.

El hombre no debe ni puede negarse a si mismo, incurrir en tan capital error cuando se sale de la ética o principios humanos, y esto sucede cuando se cega al no interpretar como es debido el mundo las cosas que lo circundan, y por tal las aplica indebidamente, y entonces se daña.

Si cosa grande hay en nuestro ambiente, lo es la misión, pues ella es la condición a cumplir que se nos concede para ser eternamente, lo que quiere decir que el individuo que no allana el camino, está perdido porque se precipita en la nada.

Todo lo que antecede es prueba convincente de la divinidad del espíritu, con mayor razón para que nosotros de-



mos testimonio de nuestro valor, lo que hacemos mediante las obras nobles que ejecutamos, con miras y finalidad de fortalecer aún más el más alto privilegio habido, sér.

Si queremos triunfar, tenemos que apurar para la perfección, vencer al mundo, es decir, desechar lo malo; dar nuestros beneficios para recibir los altos; cubrir de méritos a la personalidad y dignificar la individualidad, ambas cosas derivan del pensar y accionar, y la clase de esos de la creencia y la voluntad.

El hombre tiene que serse útil a sí mismo, para ello la misión de que es objeto, que quiere decir, entre otras cosas, servirse y servir, con lo primero se estimula para vivir, con lo segundo da muestra de ser y merecer los beneficios, puestos a su alcance para que con el pequeño esfuerzo que haga para hacerse de esos, dé testimonio de su legitimidad, la semejanza con Dios.

Todos tenemos necesidad de evolucionar en pro de la perfección, pues por el hecho de que el que nos creó nos dió libertad para o no ser, cosa que deriva por el beneficio funcional, dentro de éste debemos mostrarnos alegres é utilizar la virtud como símbolo de nuestra unión y acatamiento de la voluntad del Padre, para el feliz cumplimiento de nuestras respectivas misión para abono de ser eternamente.

VII

LOS VALORES

Infinitos valores encuentra el hombre en el mundo, de cuyo beneficio disfruta por bondad de Aquel aún sin hacerse digno de ellos: la vida, la luz, la libertad, la tierra, todas estas manifestación de sentir y accionar, el sér. Ahora bien, de otros que no puede ni siquiera tocar ni percibir si no los procura con hechos y moralidad: la virtud y el saber, (la verdad), pues es con los que se determina la posición individual, sér o nada.

Lo que antecede, de lo primero se disfruta para la edi-

ficación de la vida dentro de la vida, por ello no hay distinción, y esto se origina para llegar a lo segundo por grado, evolución del ser para la grandeza.

Por la virtud y el saber es que llega el hombre a la verdad, y sin esta jamás puede ser libre, se pierde el sér, y precisamente por eso el disfrute de los primeros valores citados para llegar a los segundos para cantarle a la vida.

El hombre tiene que distinguir los valores de existencia de los beneficios funcionales para llegar a la grandeza, en esto estriba su saber para utilizar la virtud, arma con la cual combatir al mal y a sí mismo para mantenerse en la verdad, y libertarse.

Es que todo hecho deriva de una causa y esta a una concesión, la que al mismo tiempo se produce por el sentir o ser, por ello nuestro caso: primero, el beneficio funcional, la vida; segundo, los valores comunes para la existencia, uno base de sér, el otro su evolución para determinar su posición.

De nuestro conocimiento es los escalafones habidos: nacer, crecer, desarrollar, o sea, sér, determinación de carácter, habitalización de poder, luego la función ejercida para clasificar la vida y hacernos sentir: creaciones del espíritu, individualización; concesiones de beneficios, personalidad, de esto la libertad y la grandeza.

Existe un derecho lógico no para la vida, sino para edificar a ésta, y es en virtud de eso la originalidad de los valores, iguales para la comunidad de los hombres, no importa el estado ni las condiciones del individuo, pues en ello se nos da la oportunidad de conquistar el mérito para ser y la primera para la personalidad.

Muchos son los que piensan o dedican de Dios, pues su falsa creencia los induce a reprochar de que los feroces, criminales y otros de la hola del mal, no deben disfrutar del beneficio de los valores de existencia ni de los funcionales, muy equivocados están esos y con ello se niegan a sí mismo, puesto que todos tenemos la misma naturaleza y la misión apunta hacia el mismo objetivo, el sér o la nada.

Es que ningún individuo es acreedor del beneficio funcional la vida, ni de los valores de existencia, en cambio fué creado para que conquiste la posición sér, de ello que: sanan las plantas al falto de salud, el aire llena los pulmones de todos, la bendición del cielo (la buena cosecha) no harta; la luz resplandece igual para uno que para el otro; y notamos que la suerte busca más al malvado que al bondadoso, en ello, fácilmente palpamos la verdad, ésta de que nuestra naturaleza divina trata de salvar al individuo, y en el caso indicado se vale del supremo elemento con miras de corregir al que se ha colocado fuera de la gracia sér.

La inmortalidad del alma no es un mito como muchos creen. Los hechos y las causas lo demuestran así, ejemplo lo antes dicho y por ello que el ser humano no puede regirse por mero capricho, tiene una ética que no debe violar, en virtud de la cual es que debe accionar en todo tiempo, porque el hecho determina el carácter y éste la moralidad y el valor personal, y es además, la base de la edificación de la bienaventuranza.

Tenemos que edificarnos portándonos bien con nosotros mismos, pues la verdad es noble y no acepta espíritus indignos de la vida, por ello también es tempestuosa; da oportunidad y todos los medios para que ascendamos a la grandeza, pero el que gasta el tiempo de su paciencia sin dignificarse, violenta é inapelable es arrojado al abismo de la muerte.

Para el bien es que hemos sido hechos, mejor dicho para que disfrutemos de ese, por ello tenemos que ser hombres de bien, si ello sucede contrario nos hemos negados a nosotros mismos, entonces es imposible llegar a los altos beneficios, ya que no evolucionamos ni puesto de manifiesto el sano interés de ser eternamente.

La dicha de vivir debe ser en todo tiempo fuente de nuestra mejor inspiración y disposición para producir la vida, como tributo al deseo del que nos fundó, y para orientarnos en el cumplimiento de nuestra misión para llegar a la grandeza, pues para esto disponemos de los valores de existencia. *

Los valores y la vida deben sernos de estímulo para dar testimonio de nuestra legitimidad, mediante la suma de hechas nobles que nos hagan evolucionar para la perfección, pues las grandes realizaciones son las que defienden la posición que debemos ocupar tanto en el presente como en el futuro.

VIII

LA GRACIA

No podemos negar ni ser desagradecidos de las tantas cosas de que somos objeto por parte de nuestro divino Padre, quien siempre está atento para colmarnos de beneficios aún sin merecerlos: las abundancias de la madre tierra, la primavera en el tiempo; la virtud y el enviado genio, reproductor de la belleza y atestiguador de la verdad, afianzador de la libertad y orientador para la grandeza. ✕

El hombre jamás debe olvidar su naturaleza (procedencia de lo alto) para no negarse a sí mismo, más a sabiendas de que Dios se le manifiesta a todo lo largo del camino, esto es, en los valores que lo circundan, y por ello que la mejor situación individual, es la de estar en gracia con el Padre, y de esto podemos eternamente disfrutar mediante la perfección que nos procuramos, de donde deriva la felicidad y la bienaventuranza.

Siempre nos mantenemos quejándonos de pobreza, cuando realmente esa no existe más que para el negligente o víctima de la usurpación del hombre, pues para el disfrute de los valores de existencia solo tenemos que activar con los beneficios funcionales, con lo que nos mantenemos en gracia con Aquel, ya que le damos cumplimiento a sus mandamientos.

Es que, por un lado, para la buena y útil existencia hay que reunir la condición diligente y honrado, pues con ello es que damos acreencia de existir; por otro, como testimonio de la vida naturaleza que nos asiste, el de evolucionar para la

perfección del espíritu, dignificarnos en ser, esto ejecutando obras de beneficio con las cuales nos legitimamos verdaderos hijos del Santísimo.

Ninguna situación es de desesperación ni de exterminio si nos mantenemos firmes, pues por doquier hay valores que pronto recogemos con el ideal ajustado y la voluntad taladora, solo que tiene que imperar en nosotros el interés de ser libres, lo que logramos con el conocimiento de nosotros mismos, principio de la verdad, única cosa grande.

De lo dicho, se desprende, que el ir y venir en la vida debe sernos tónico para la lucha, es decir, para edificar, y no de aburrimiento ni apatía para anquilosarnos y sernos inútiles a nosotros mismos, puesto que aquello es la expresión de sentir y consentir, y es en virtud de ello que debemos apurar para el triunfo.

Después de nuestra fundación, el hecho más grande y significativo, en estado inconciente se nos coloca en el actual ambiente, luego tenemos un breve proceso de habitalización (poder para consentir), que es donde comienza en lleno la obligación que con nosotros mismos tenemos, la edificación de la vida, pues antes de ella no teníamos responsabilidad por desconocerlo todo: el bien ni el mal, y por eso el proceso ya indicado, a cuyo término comienza la lucha para o no ser, y por tanto es de nosotros que depende la clase de posición que debemos ocupar en el medio de existencia.

De los valores de existencia disfrutamos siempre, no así nos mantenemos en gracia con el Padre, pues para ello tenemos que procurarlo, eso lo demuestra que mientras dura nuestro proceso de la habitalización de poder, no somos responsables de nada, y por tanto no se nos condena por hecho alguno.

Tenemos que buscar al Padre, de lo contrario lo estamos negando, entonces no podemos ser sus herederos, es decir, ser inmortales, puesto que aun en nuestro ambiente al que por cuyo medio se nos fundó y dió testimonio Aquel, tenemos que adorarlo como muestra de agradecimiento, y es cuando

más entramos en su corazón, pero si ello sucede contrario, perdemos de sus cariños y sanos deseos hasta que nos deshereda de sus bienes.

El hijo tiene que hacerse acreedor del padre mediante la satisfacción que le produzca, ello es del conocimiento de todos. Cristo a igual que nosotros encarnó la naturaleza humana, es decir, fué colocado inconciente en el actual medio y tuvo su proceso de habitalización, y más hasta el momento de su bautismo (identificación del Padre), no descubrió su misión e ignoró ser el Hijo predilecto, investido de todos los poderes para la redención del hombre, incluso el de "levántate Lázaro" y el corazón de éste volvió a palpar, a sentir y concentrir; el de la resurrección propia, ambos hechos dan testimonio de la divina naturaleza y de la inmortalidad del alma humana.

Dicho lo que antecede, y no obstante el poder y privilegio especiales del Redentor, tuvo que darle prueba al Padre de merecer sus gracias y esas cualidades, y he aquí: "todo esto te daré a cambio de que me adores y te postres a mis piés", expresión del mal presentándole a Jesús la más grande visión de la realidad de sumas de las glorias de existencia, sin lograr su objetivo; más luego, el mismo Padre, en la situación de angustias en que se encontraba el Hijo, le retira protección, y he ahí: "Oh Padre me has abandonado!" Sin embargo, "hágase tu voluntad, no la mía".

En nuestro ambiente, el padre manda a la escuela al hijo para que éste aprenda la manera de edificar mejor la vida, y es del aprovechamiento de éste que depende el fin perseguido por aquel, quien se interesa en proporcionar los medios a muestra de buena nota que él le presenta; en cambio, si la misma no es satisfactoria, el primero castiga al segundo por desaplicado, amén de que se va desencantando de él, pues ve que no aprovecha el gasto o sacrificio en que incurre para mantenerlo.

El hijo no debe ni puede despilfarrar los valores del padre, pues a la par de que se hace indigno de su corazón, destruye la base de su futura existencia.

El hijo tiene que honrar al padre, lo hace con hechos que redunden en su memoria o satisfagan su corazón y enaltezcan su obra; ello es una de las grandes obligaciones individuales; de lo contrario, se carece de concepto y se pierde el valor alto, la gracia de nuestro Padre, el Santísimo.

IX

BENEFICIO DEL TIEMPO.

En principio, álzase la vida como beneficio funcional de ser; luego la habitalización de poder para consentir y con ello determinar al individuo (posición real de y para sér); comienza la tarea de la evolución y de la revolución, de un lado las facultades para captar la virtud (carácter para la edificación altruista); del otro las tentaciones y las cosas, para desorientar y desintegrar (pérdida de la divinidad del espíritu) tendencia a no sér.

Es que en todas las direcciones de la existencia tenemos que evolucionar para la perfección espiritual y caracterizar a la personalidad como sobresaliente de la época vivida, que es la posición real a que debemos llegar para asegurarnos como sér.

Los valores de existencia limitada y pobre benefician; porque hechos son para la personalidad, la que es muy flexible frente al tiempo y el espacio, y si el espíritu no la guía por sendero de luz, esto es, con edificaciones nobles para ambos afianzarse, al desintegrarse, todo se pierde, es decir, nos volvemos nada, ya que el alma pierde su divina naturaleza para la inmortalidad y la otra no tiene representante (hecho noble) que le dé la fuerza gloria, necesaria en el espacio para subsistir por siempre.

Aparentemente el hombre dispone de poco tiempo para la edificación de la vida; sin embargo ello no es así, pues si medimos el transcurso de nuestra formación al nacimiento y de éste hasta llegar a la experiencia, que es el más largo, por

el proceso de la habitalización que hay en él, nos damos perfecta cuenta de la larga oportunidad que tenemos para aquello, y por eso es imperdonable que no evolucionemos: progreso material y perfección espiritual.

Sobradas oportunidades tenemos que debemos aprovechar, lo cual hacemos dando de nosotros para beneficio de nosotros, ya que de ninguna manera debemos desperdiciar lo que verdaderamente es nuestro, cosa que debe alegrarnos y alentarnos para empujar hacia adelante, porque de ello no sér así, nos volvemos nada, peor a no haber nacido.

El beneficio del tiempo tenemos que aprovecharlo con las obras altruistas que debemos levantar en el medio actual, las que darán testimonio de nosotros por estar estampadas en ellas nuestra imagen, cuyo primer destino y juez a la vez, es el mismo tiempo, quien las conserva y pasea por siempre en memoria y gloria del arquitecto, como prueba concreta de la grandeza del espíritu selecto.

La verdad está en nosotros, digamos, el tiempo nos la muestra, pues al ser ese el contralor de todo, es el juez que dicta el resultado de nuestras actividades en pro de la vida, y por ello que cada paso que damos nos dá, por un lado, experiencia, y por otro, marca el o no aprovechamiento que de él hemos obtenido.

Nuestro beneficio funcional, la vida, a la vez que tiene el respaldo moral del tiempo, está controlado por él, y por ello debemos unificarlos para ganar los beneficios de existencia para la personalidad y los altos para el espíritu; esto lo conseguimos haciendo útil al primero y aprovechando las exclusivas ventajas del segundo, en todas las hechuras que nos proponemos efectuar conforme al dictado del espíritu.

Es que por el hecho de que solo disfrutamos de una oportunidad para sér, es que debemos edificarnos como tal, pues si desperdiciamos el beneficio tiempo, ni siquiera de compasión somos objeto, por caer en el enorme vacío, la nada.

De dos beneficios disponemos para construirnos, el funcional la vida y el de determinación el tiempo; ambos hay que

aprovecharlos porque ninguno vuelve atrás, ni se suspenden, porque estamos o por que somos; siguen su curso, el primero está reposado en el otro, quien lo pasea junto consigo o lo arroja al abismo del olvido y la nada, sanción justa, inapelable e imprescindible, pues en él está involucrada la grandeza individual de acuerdo a la contextura que se haya procurado.

Es que a excepción de nuestra formación, principio sér, todo está ligado al tiempo; por él nacemos y desarrollamos, luego registra la evolución habida y determina el valor de esa para acreditarle al individuo el mérito correspondiente por su bien encaminada diligencia para tal o cual cosa.

Por otro lado, el ser humano necesita de la sanción (juicio) del tiempo, porque el medio actual va careciendo de savia fortificante de vida para el espíritu, y al ser nuestra personalidad tan flexible, en todas las edades el ambiente en sí le es molesto y fatigable, y al llegar a la madura ello se acen-túa mortificante.

Desde todos los puntos de partida, el tiempo le brinda al hombre un beneficio nítido, desde el principio hasta el fin, y si losabemos aprovechar, producimos otros beneficios que él recoge para gloria de la personalidad y bienaventura de la individualidad.

Sin el aliciente del tiempo, sería imposible nuestra existencia, pues en él basamos todas nuestras esperanzas y acciones, cuyo resultado, positivo o negativo, lo obtenemos de él tarde o temprano, todo real, que es donde está su beneficio puro.

Por lo antes dicho, debemos apreciar el incalculable valor del tiempo, para utilizar sus beneficios en la mejor edificación de nuestra vida, y asegurarnos como sér.



NUESTRO ORIGEN

Si el hombre siente y conciente, qué es manifestación, lo primero, de la vida orgánica que posee a igual que la animal;

y lo segundo, del espíritu selecto que lo anima, el que unido a lo otro funciona y cuya estrecha alianza forma el carácter o la personalidad humana, ello nos indica con claridad, muy especialmente por el proceso de que es objeto para el desarrollo no exclusivamente de los sentidos y demás que componen la materia, sino también de las facultades que es el complemento o el grado a que llega el segundo para pasar del estado de inconciencia al de conciencia, en donde comienza la responsabilidad y necesidad a la vez de su evolución; esto nos dá a entender que la contextura de ese es muy superior a toda cosa tocable, medible y sentida habidas, y por tanto es perdurable, por su semejanza y deriva directamente del Ser Supremo, Dios; esto, según nos los revela la misma naturaleza y que comprobamos con la experiencia.

Por lo expuesto y a medida que entramos en el conocimiento, comprobamos que el hombre, para llegar al grado de inmortalidad, primeramente tiene que perfeccionarse, esto es, dar prueba de ser, legitimarse a sí mismo como verdadero hijo de Dios, de donde deriva el disfrute de los beneficios; esto se explica tal como dijimos en capítulo anterior, de que el Padre no nos podía colocar en el paraíso sin nosotros tener el concepto de ello, y de esto da testimonio el niño, cuyo estado, que es inconciente a medias, disfruta de las abundancias que el padre o tutor de su origen mantiene, las despilfarrará sin conocer su costo, e ignora por completo el sacrificio que aquel hace para eso.

Por otra parte, la divinidad del espíritu la comprobamos al dividirnos, esto es, al pulsar los latidos del corazón en son de vida, cosa que está aparte de nuestro yo; asimismo, pese a la flexibilidad material, nuestra existencia, determinada de antemano, aunque su término se origina por mediación del dolor, en cambio éste no nos extingue, sino más bien que nos enseña a apreciar lo bueno y a desechar lo malo, y en su tumulto del beneficio de la vida, por lo que catalogamos a ese como valor neutral.

La razón y naturaleza del espíritu, fortalecido ello por la experiencia da a entender de qué grandes conspiracio-

nes se levantaron contra el Padre por parte de sus semejantes, hijos posesionados directamente a su lado, de donde parte el origen del mal, y lo que motivó, es de suponer, al vasto plan de la creación, en donde hemos sido colocado los hombres, semejanza é hijos legítimos de Aquel, solo que antes de identificarlo y estar a su eterno lado y disfrutar de sus infinitas glorias; como condición para ello, tenemos que perfeccionarnos; esto lo comprueba la libertad de que somos objeto, y los beneficios existentes.

Por el estado de inconciencia de nuestro advenimiento y en el cual nos mantenemos hasta ir saliendo de él por grado, nos da a entender la imprescindible perfección que tenemos que procurarnos en determinado tiempo para ascender al Padre; ello lo prueba la expiración material y las obras nobles con que alcanzamos el grado de referencia, que vivifican hasta a la misma personalidad.

Para el espíritu no existe la muerte, puesto que es semejanza de Dios; solo que el que se deshereda, es acosado al abismo, residencia de los conspiradores anteriormente citados, donde ni millonésima de gracia (luz, bienestar, protección ni vida) existe, peor a la muerte, porque ésta no sería nada, solo que ni se sintiera ni padeciera. Todo hecho es sancionado y el individuo tiene que responder por el suyo: disfrutar de su producto si es noble; sufrir las consecuencias si es deshonoroso; esto se aplica en todos los órdenes, moral y material, y y ello así porque hay dos condiciones en nosotros: la perfección o la degradación (pérdida de la divinidad del espíritu) en el segundo caso por el infundado proceder; digno del Padre el primero por haber enaltecido su verbo.

El hombre tiene que conocerse a sí mismo para llegar y conocer al Padre, cosa para la cual dispone de sus facultades; ello es su primera condición, una vez comprobado su divinidad, emprender la marcha de la perfección, esto lo hace con la virtud, supremo beneficio.

“No me toqueis que aún no he visto a mi Padre”. Expresión de Jesús al dar testimonio de la vida perdurable con su resurrección (inmortalidad del espíritu), y con ello también

el imprescindible cumplimiento de la misión individual para ascender e identificar al Padre, Dios.

El origen del hombre viene de lo alto y su misión para merecer lo alto es la perfección que tiene que procurarse, con lo que da prueba de merecer el privilegio sér y las glorias eternas del que nos creó a su semejanza. Debe entenderse que al decir que tenemos que perfeccionarnos, no es porque Aquel nos haya hecho imperfectos, sino como una condición impuéstanos de conocer lo bueno y lo malo, y la inclinación de que somos en relación con lo que somos y debemos ser, conforme nos lo revela la razón pura, los hechos y las causas para que nosotros mismos seamos los que definamos la posición de nuestro deseo; ahí el misterio y la hechura de individualidad-personalidad, beneficios funcionales y de existencia.

El hombre no puede vivir a ciegas, confundido en los valores que existen; ello le es fatal, puesto que en ese caso no evoluciona en favor de la perfección de que tratamos; más a sabiendas que todo es transitorio por la razón de que a determinado tiempo tenemos que dar testimonio de ser, lo que nos indica nuestra importancia en lo espiritual, y por lo cual debemos efectuar obras que correspondan, o mejor dicho, que den prueba de merecer ese exclusivo privilegio.

El beneficio de los valores de que disfrutamos sin haberlos construido y sin ni siquiera habernos hecho dignos de ellos, disfrute solo porque somos hijos de Dios, debe inspirarnos en la mejor disposición para darle cumplimiento a nuestra respectiva misión, puesto que si Aquel tiene interés en nosotros, ello nos debe estimular aún más para realizar la tarea que nos ha asignado, con cuyo feliz término le demostramos la absoluta fe que debemos dispensarle como gracia a su bondad de crearnos, y más a su semejanza.

A diario vemos al hombre caer y en nada podemos remediar para evitarlo, pues cada quien es responsable de sí mismo, por lo cual el que gasta el beneficio tiempo sin edificar objeto que lo sostenga, cae vencido sin poderse levantar jamás.



En virtud de lo dicho, el hombre tiene que revestir de santidad su espíritu, lo hace con las obras de bien y altruismo que ejecuta, pues miserable aquel que niega su origen, o sea, que se ocupa solo de satisfacer malamente a su personalidad; ese gasta el beneficio del tiempo y, cuando cae, su caída es violenta: muerte de la personalidad; caos (fuera de la gracia) la individualidad.

XI

TESTIMONIO

Ya tratamos acerca del origen del hombre, cuyo advenimiento, mejor dicho, su creación, obedece a lo descrito en el capítulo anterior, cosa que comprobamos por nosotros mismos, esto es, por los tres estados o escalafones de que somos objeto para entrar en la vida, es decir, para construir el mérito de ser, para ascender al Padre, al que nadie llega sin antes dar testimonio de sí mismo, y esto se explica por el hecho libertad, y ésta como prueba de la justicia de Aquel, quien nos concede la gracia de escoger a conciencia nuestra, y por ello que lo que podamos ser es definitivo, y en ese caso no es la voluntad de El sino la nuestra la que se cumple.

No obstante lo antes dicho, como altruista interés del Padre para con nosotros, aparte de los múltiples beneficios de que disfrutamos, los hechos y las causas que se operan en nuestro medio para que comprendamos la verdad, para nuestra mejor orientación, se nos identifican en el genio, emisario habilitado de poder extraordinario para presentar en forma: el beneficio de la vida; la razón y valor de ser; el placer de la belleza; la sublimidad de lo bueno, para todo lo cual es la objetividad de la perfección del espíritu. Asimismo, con precisión: la putrefacción del mal, hecho para las almas indignas del verbo y la vida.

Y es que el ser humano tiene que definir por sí mismo la posición que debe ocupar; no obstante eso, como protec-

ción o para la mejor y más amplio conocimiento de su misión e importancia, el genio le traza pautas con hechos concretos para que así apure de manera ajustada para el feliz cumplimiento de su misión.

Sin merecerlo, disfrutamos de múltiples beneficios, digamos, y muchos más aún se nos conceden. Las obras del genio, quien encarna la virtud, manifestación de Dios, producen los últimos, con más razón para que nos ocupemos de nosotros, pues en ello la verdad se nos presenta más visible, por lo que debemos estimularnos y seguir el camino del bien para llegar a la grandeza: la gloria para la personalidad e inmortalidad del alma, para lo cual no es necesario ni se nos exige sacrificio de importancia, sino dar testimonio de lo que somos, semejanza de Dios, y esto lo hacemos manteniéndonos en sus principios, lo que quiere decir que en ese caso esa es la posición objeto de nuestra conciencia y aspiración en la que queremos mantenernos como legítimos hijos de El.

No podemos olvidarnos de nosotros mismos, ya que antes de que se nos concediera la altísima gracia de ser, nada éramos, luego el proceso de que somos objeto para consentir, esto último nos indica que tal habitalización obedece para que lo que hagamos sea bien hecho, pues somos responsables de ello, y además, es de donde nace la ventura individual.

Si el genio, por virtud especial y misión a la vez construye beneficios para la generalidad y da testimonio de la verdad, ello es digno de atención por parte de todos para practicar su ideal de redención, si es que somos incapaces, por negligencia, de producir uno que nos haga evolucionar para alcanzar la perfección.

La naturaleza divina siempre activa para nuestro mejor comportamiento; por eso debemos abrazar una causa edificante, contentiva de savia de vida para el espíritu y de valores saludables para la personalidad, porque no es el deseo de poseer tal o cual beneficio lo que nos hace ascender al mismo, sino la actividad concreta que desatamos para hacernos dignos de ese, por lo cual debemos unificar las facultades y

sentidos para el éxito en la persecución de lo que creemos justo de nuestra conciente aspiración.

Lo antes dicho en relación con el genio, la fuerza de creación que lo inspira para edificar beneficios y dar testimonio de la verdad, obedece muy especialmente a su voluntad y al concepto que él tiene formado sobre Dios y el hombre, la vida y la grandeza y la misión individual, lo que lo mueve a realizar con hechos concretos el ideal afianzador de principios, y es cuando recibe el favor o asistencia de la naturaleza divina para el mejor cumplimiento de su altruista cometido. De esto podemos disfrutar todos los hombres, solo que para ello, primeramente, tenemos que proponernos con sana voluntad levantar la edificación noble que dé testimonio de lo que somos.

Es que todo individuo tiene que construir, pues con ello es que define su posición. La edificación noble le acredita y afianza su semejanza con Dios, y por ello todo objetivo nocivo hay que desecharlo; aquí el secreto para el triunfo, cosa que todos podemos advertir fácilmente, ya que cuando tenemos sana voluntad para las cosas, recibimos el beneficio de la ayuda de lo alto.

Si realmente como es que creemos en nosotros, es decir, de que somos o por lo menos aspiramos a ello, debemos hacer por nosotros para que ocupemos y afiancemos a la vez la posición objeto de nuestro sentir. La mejor disposición para tal fin, es regirnos por un ideal equilibrado, fraguado y fundado en lo justo y verdadero, que corresponda en todo tiempo a la contextura o naturaleza del espíritu, porque así podemos celebrar en la vida para la vida.

No es en la riqueza, beneficios de existencia, en donde está nuestro triunfo, sino en las creaciones nobles que efectuemos dentro de la vida, como manifestación y testimonio de ser, y es por ello que debemos encausarnos por el camino del bien y limitar los deseos en lo justo y equitativo, pues con ello también nos mantenemos libres.

XII

\ MAS ALLA \

Todo ser humano se mantiene sediento de verdad, cosa que se origina por el constante caminar de la vida, dentro de la cual no se encuentra algo eterno que produzca satisfacción honda y llene los vacíos del corazón pobre y afligido, jadeante quien pronto va a dejar de palpar y con ello materialmente todo termina, que es lo que más preocupa, ya que ayer nada éramos, hoy respiramos, sentimos y consentimos, cosa que está sujeta al tiempo y lo que nos indica la imprescindible necesidad y condición de que tenemos que evolucionar, y de ahí que a cada quien le produce duda el mañana, pues ignora el destino y suerte para ser o no ser.

Es que la vida es beneficio funcional que se origina en el hombre, o mejor dicho, es el vehículo que nos conduce a grandes y eternos valores, solo que al ser nosotros quienes la conducimos, si erramos el camino por negligencia o infamia, estamos perdidos. La virtud es la que salva al hombre, digimos, aquel que actúa fuera de ella está perdido, porque la dicha de vivir no se puede desperdiciar, ya que si se gastan los beneficios funcionales sin haberse construido para los eternos, el sér no encuentra en donde afianzarse, y de ahí el fracaso individual: trágica la existencia, imposibilidad de gloria; grotesco el sér, negación de la divina naturaleza, en tal caso, cómo puede libertarse de la muerte.

Es que sólo tenemos una oportunidad de vida para edificar la vida, por eso los escalafones (proceso para sentir y consentir), es decir, el concepto que debemos tener de nosotros mismos, lo que somos en la actualidad por bondad de Aquel; lo que podamos sér, esto último de nuestra propia dependencia, por ello el beneficio de libertad y el campo para desplegar la actividad que deseamos.

La experiencia del ir y venir y el gasto del beneficio funcional es otra que nos indica la verdad de todo; por ello es imperdonable que caigamos en errores que nos causen retrogra-

dación. El sér humano tiene que ir siempre hacia adelante para que el gasto de las energías materiales no sea en balde, para así respaldar al espíritu en la imprescindible evolución en pro de la perfección que tenemos que alcanzar.

El hecho no está en vivir sino en la manera de vivir, (beneficio que deriva de la actividad en pro de la vida),, puesto que de tener nosotros la imperiosa necesidad de valores materiales y morales, los primeros, condición para la subsistencia; los segundos, como satisfacción y fuente de vida, energías imprescindibles para la expansión y evolución del ser, si nos dedicamos a cosas impropias para la producción o conquista de esos beneficios, nos quedamos en nada.

Hay establecidos altos principios para la salud individual, quien se coloca fuera de ellos, pierde los beneficios, temporeros y eternos, porque no sabiendo adelantar para la vida, la troncha; al no cantarle al ser, nada se vuelve; pero no procurar la virtud, en el mal perece; al no creer en el Padre, a sí mismo se niega, y por despreciar al hombre, con el polvo se mezcla.

Es que la ignorancia individual nace muy especialmente de su negligencia, puesto que para evitarla se origina el proceso de la habitalización de poder; luego, la experiencia por el ir venir de la vida, hechos y causas que se operan en el medio; los acontecimientos propios productos de su actuación, todos ellos indican la verdad, el camino a seguir para la salvación, por lo que es imperdonable que tomemos el del error. El hombre conoce lo bueno y lo malo; por eso es imposible que permita dañarse cayendo en lo último.

Necesidad de ascensión todos tenemos, el tiempo sanciona y acredita los beneficios de que somos meritorios conforme a lo que hemos hecho (valor de la obra), y por lo cual debemos ocuparnos de que el final (juicio del tiempo) no nos sorprenda sin haber dado de nosotros en favor de nosotros, más a sabiendas en general de que ese se presenta de un momento a otro.

El hombre por ser semejanza e hijo del Ser Supremo, Dios, a igual que Este es eterno, pero para ello tiene que dar

testimonio, primero, de saber y poder; esto, con edificaciones nobles y altruistas, con lo que se iguala al Padre; segundo, dando prueba de sér, amando los principios, adorando a su creador, buscando al hombre, que es como se legitima heredero de Aquel.

Nada tenemos que temer si seguimos los principios, si creamos beneficios, si adoramos al que nos creó a su semejanza; si abrazamos la virtud, si amamos al hombre, el triunfo es de nosotros, puesto que hemos levantado la vida, legitimado el sér, en tal caso quién nos va o puede acusarnos, las puertas de la eternidad se abren para nosotros para que disfrutemos de los dones infinitos de la vida, de la gloria, de la grandeza.

El medio actual es infinitamente inferior a nuestro ser, por ello tenemos que triunfar sobre éste, ello creando en él, poniendo de manifiesto el elevado sentir del espíritu, sembrando beneficios, imponiendo los sanos principios y simbolizando a Dios mediante los hechos concretos que efectuemos, con ello damos testimonio de ser realmente superiores a todo y derrotamos a la infamia corroedora de la pureza para mortificar al hombre.

XIII

UTILIDAD

El hombre, en su incesante caminar, por un lado gasta de sus energías materiales y por otro del beneficio funcional la vida, razón por la cual tiene que encaminar sus acciones a objetivos saludables que surtan savias a su personalidad y pureza a la individualidad, lo primero para que mantenga la entereza en alto, lo segundo para estímulo e inspiración de crear.

Es que el poder individual difiere y fluctúa de conformidad con el equilibrio existente entre los elementos que forman el carácter, pues el predominio de las facultades del espíritu sobre los sentidos de la personalidad, debe obedecer no solo

por el orden natural que se limita para el ser, sino también por la fuerza de un ideal creador que al tiempo que realce a la segunda, haga evolucionar en el saber y otros atributos, al primero, para así adelantar la gloria para una y la grandeza para el otro.

Y es que no debemos ni podemos desperdiciar el beneficio funcional: la vida, ni dejar pasar como inapercibidos el del tiempo, ni mucho menos gastar en balde nuestras energías; de eso suceder, nos fatalizamos, ya que carecemos de valores de existencia, lo que contribuye a la pérdida de estímulo para construir la base que necesita el ser para dar testimonio y hacerse meritorio para la grandeza, y afianzar definitivamente su semejanza con Dios.

Es que, tiempo que pasa, jamás vuelve; y no podemos, pese a nuestro poder, reconstruir con su recuerdo, pues aquel es el segundo beneficio de que disponemos para definir la posición objeto de nuestro deseo y aspiración, y es a la vez quien limita el funcional y el que juzga el valor de nuestras acciones para atestiguar, ante Dios y el mundo, el o no cumplimiento de la misión individual, para en el primer caso, sostener por siempre las hechuras que nos darán la gloria y la grandeza; en el segundo, arrojar en el eterno olvido el ser.

Todo individuo tiene que detenerse un momento a contemplar los beneficios de que ha sido y es objeto por parte de su creador; primero, el ser; y segundo, la oportunidad de ascensión que le brinda, y sin embargo como complemento de eso e infinita bondad y justicia del Padre, éste nos da libertad para que seamos lo que deseamos, es decir, que aun siendo nosotros hijos suyos, no nos obliga a que le sigamos, sino que a juicio nuestro debemos definir la posición de ocupar, esto es, legitimarnos en el bien o renunciar a ser, para lo cual disponemos de un largo pero limitado periodo.

Y es por lo antes dicho que tenemos que dar de nosotros, esto es, sembrar nobleza para cosechar pureza, santificar el espíritu para mantenerlo en Dios, para disfrutar de Dios (inmortalidad del alma, la grandeza); para legitimar la personalidad (grato recuerdo, la gloria), esto así porque debemos de

ocuparnos de nosotros por entero, es decir, honrar el templo (la personalidad) donde habita el verbo (el espíritu).

Es el beneficio del valor de la virtud, que al nosotros basar y orientar nuestro poder creador en ella, al tiempo de que nos hace evolucionar para la perfección del espíritu, sitúa a la personalidad en posición para el disfrute de felicidad; precisamente, lo que persigue la doctrina de Cristo y el fundamento de la parábola de éste "Si permaneciereis en mis palabras, sereéis mis discípulos, conoceréis la verdad y la verdad os libertará", es decir, que todo aquel que vive y se rige por el evangelio que él profesa, alcanza: primero, la felicidad, luego, la bienaventuranza, y de ahí que se es verdaderamente libre.

Para el disfrute del beneficio felicidad tenemos que trabajar y actuar honradamente y con sana voluntad, cosa que al cumplimiento de los mandamientos y a las edificaciones altruistas que levantamos, nos hace acreedores del supremo y eterno beneficio: la bienaventuranza.

El hombre tiene que ocuparse de su personalidad, mansión de su yo real, vehículo y elemento para dar prueba de su semejanza con Dios, mediante las obras buenas que ejecuta y el triunfo sobre el mal. Al ocuparnos de nuestra personalidad obtenemos más saludable existencia y más poder para el cumplimiento de nuestra respectiva misión, ya que los sentidos captan y ejecutan mejor el mandato del genio.

Tenemos que ser útiles para utilidad de nosotros mismos, no permitir que por falta de voluntad ni de ideal se gaste el beneficio del tiempo sin haberlo aprovechado en la edificación que nos dará el triunfo; primero, el de abundancia equitativa de valores de existencia, y luego, el de ser eternamente; para ello tenemos poder y sobrado campo para levantar beneficios, lo cual es de imperiosa necesidad y obligación a la vez, para la felicidad y la bienaventuranza.

Utilicemos pues, el beneficio del tiempo en la ejecución de obras que cubrirán nuestras necesidades para la grata existencia, y que satisfarán a la vez de sano regocijo al espíritu, por ser ello producto de su deber é inspiración como prueba de su semejanza con Dios.

XIV

PREVISION

Indudablemente, el ser humano en virtud de las terribles tentaciones y tramas que encuentra a través de todo el camino, está propenso a incurrir en errores que le restan quilates y lo desproveen de fuerza para seguir hacia adelante, hechos que se originan muy especialmente por la falta de convivencia entre los hombres, quienes se envidian unos a otros, se difaman y se hacen la guerra, siendo la sociedad la principal responsable de ese estado, ya que trata de corregir al que falta pero al mismo tiempo aplaude y crea usurpadores; de ahí que el juez condena y sin embargo él es culpable; habla de los principios para la felicidad y para evitarla crea los servicios, de ello nacen las miserias: el odio entre los pueblos (incertidumbre social); la desesperación del hombre por el trabajo; la prostitución de la mujer por el hambre; la anomalía del niño por el insalubre medio, lo que crea verdaderamente una desintegración general de valores.

Los pueblos, individualmente, aman la libertad a distinta manera, dictan sus leyes sociales y se amparan en un símbolo para establecer principios; sin embargo, de la primera no se goza porque la sociedad crea amos; la segunda se limita a existir de nombre, puesto que al aplicarse prevalece pasión; el juez utiliza el código para respaldar la usurpación; en nombre de los últimos, los honorables decretan la guerra en defensa de sus intereses; todo ello ha desterrado la felicidad de la faz de la tierra, ya que el hombre no disfruta de paz, puesto que si no tiene, la sociedad lo mira con despecho, y si tiene, la generalidad lo acecha.

Es el caso trágico en que vive la humanidad, tanto que ya desconoce la felicidad o busca a ésta para decapitarla, porque el hombre se ampara en el falso saber para procurar las abundancias; la mujer establece la defensa en su atractividad, y el niño, como es natural, se habilita no para la vida, sino para la muerte, puesto que el ambiente así se lo enseña.

Por lo dicho es que el hombre, individualmente, tiene que cuidarse de manera estricta para no dañarse ni permitir que lo dañen, sin dejar con ello de seguir la corriente de sus semejantes; porque es el caso, que cada quien es miembro de la sociedad, y por esto en ella tiene que habitar y edificar su posición presente y futura; y además, su obligación es dar beneficios para la generalidad.

Precisamente, para ello el poder de que se nos inviste para consentir el conocimiento de lo bueno y lo malo, la libertad de que disfrutamos y el carácter para personificar, porque el hecho no está en que, porque somos miembros de la sociedad, debemos incurrir en los vicios y faltas que habitan en el seno de ella, sino que por aquel mismo hecho tenemos la obligación de tratar de corregir el error que asfixia; por esto se origina la lucha de la virtud y la infamia, y por eso también prevalecen los principios y la vida sigue su curso.

Es que el hombre, al llegar al grado de habilitación de poder, a sí mismo tiene que hacerse, esto es, en lo material, el sitio que debe ocupar frente a la sociedad y el mundo, depende enteramente de sus condiciones que son producto de su pensar y accionar; en lo espiritual, avanza para la grandeza y perfección dando beneficio (obras nobles por el altruismo que lo inspira), testimonio de sér.

La hipocresía existente puede confundir al individuo en la edificación de la vida. Hay que tener templanza para conducirnos en el medio; no dar de nosotros sin antes tener conciencia de nosotros; no disfrutar de paz si ésta no es fundamental; esto se explica porque todo lo que hay no es beneficio aunque aparente ser valor; la vida no es respirar, ir y venir y gozar, sino edificar y evolucionar, satisfacer al espíritu.

El hombre tiene que mantenerse en guardia contra sus enemigos, cuidar: que sus pensamientos sean objetivos; vivir en la ejecución de un ideal fundamental; gozar de libertad, pero que ésta sea producto de su buen accionar; ascender en la sociedad, por el respeto y consideración de que se haga acreedor; santificar la fiesta en honor de su creador; guardar

los altos principios como símbolo de superación; enaltecer al genio como agradecimiento por los beneficios dados; honrar a sus progenitores como testimonio de la divina naturaleza; y rogar y orar en memoria de los caídos; y, creer firmemente en la virtud por la verdad comprobada para la inmortalidad del espíritu; al observar y practicar esto, obtenemos el triunfo de todo lo que se interpone en nuestro camino, y la hipocresía va a parar al foso de la invalidez y la derrota.

Tenemos que evitar ser víctimas de las corrupciones del medio, para mantenernos en Dios; y ello, previendo de antemano nuestras andanzas, esto es, que en el ir y venir de la vida, debemos pisar firmemente para que semejante alguno no tenga oportunidad de encararse con nosotros porque hayamos despreciado su ideal, o porque lo hayamos practicado.

XV

PROSPERIDAD

Penosa se nos presenta la vida en virtud de los valores de existencia que necesitamos, lo cual es una de las obligaciones que nos establece la naturaleza para la prueba que tenemos que dar nosotros mismos, esto es, que la posición que debemos ocupar tiene que ser ganada; de ello que todo se nos presenta y es realmente problemático, necesidades muy especialmente para la subsistencia, lo que al mismo tiempo hace que nuestras facultades desarrollen un ideal o plan equilibrado para hacer la vida, hasta llevarla a un plano en que por los beneficios que nos hayan derivado el trabajo y las honradas acciones, cubramos a la materia con aliciente y al espíritu con satisfacción saludable, esto es, la prosperidad verdadera y a la que llegamos cuando así lo entendemos y apuramos para ello.

Al principio, el deseo de prosperidad en el hombre, a parte de ser una razón lógica y una aspiración objetiva, con ello también se obedece y fortalece la ley o ética que rige al es-



píritu, quien nos anima a luchar por un ideal equilibrado con el cual se demuestre nuestra verdadera superioridad como semejanza de Dios que somos, y de ahí que todo marcha a las mil maravillas, toda vez que tenemos savia de vida y sanas fuerzas que nos impulsan a dar beneficios y a recibir beneficios, pues en tal caso la buena suerte nos sonríe en todas las direcciones del ir y venir, y es cuando estamos prosperando.

Contrariamente a todo lo antes dicho, si mal fundamos el ideal para el triunfo, somos infelices arcillas que vagamos por el mundo en busca de una prosperidad, dentro de la cual, según equivocadamente creemos, acabaríamos por siempre con los problemas que nos agobian la vida, y por mucho que luchamos, para adquirir tal posición nunca llegamos a ella, pues la avaricia y otros enemigos de la felicidad se apoderan de nosotros, y por tal, por mucho que apuremos y vayamos adquiriendo los valores de existencia, más amarga se nos va haciendo la vida, ya que todo carece de aliciente por la insuficiencia de las abundancias, según el errado sentir, lo que motiva a que nunca tengamos paz ni tranquilidad hasta caer vencidos.

El hombre necesita pan de vida para su personalidad y esencia de espíritu para el alma; es la savia que lo mantiene erecto y la que está pronto a proporcionar la prosperidad real, puesto que su beneficio ajusta a ambas partes y surte las energías indispensables para el ideal creador en el ir y venir en la persecución de adquirir el objeto que satisfará la aspiración lógica y justa que lo inspire.

Todos tenemos grandes oportunidades para ascender en lo material, que es lo que más se persigue; sin embargo, los valores que eso proporciona carecen del beneficio que necesitamos no sólo en lo espiritual, sino también en lo mismo material, ya que ninguna cosa de tal especie habida, deja satisfecha de manera definida a la personalidad, por cuya flexibilidad lo poco la debilita y lo mucho la daña; esto, en todos los órdenes. Por eso, todos individuo que funda su aspiración de prosperidad exclusivamente en lo material, jamás disfruta de tal posición, es decir, las ventajas en el orden de des-

envolvimiento que brinda; ello, porque nunca llega a tener los suficientes valores que le den aliciente de vida.

El hombre, por ser semejanza de Dios, y al tener que dar testimonio de ello, así mismo es que tiene que mantenerse con el sudor de su frente y las honradas acciones, lo que quiere decir, que la prosperidad a que tiene necesidad y obligación a la vez, debe ser lograda y basada en el bien, que es el principio de su fundación, y de ello que el logro de tal posición con medios que no encajen a la ética del espíritu, carece de aliciente o savia de vida, por ser ilegítimo e ilegal, producto del mal que mata.

Es el caso por el cual muchos vivimos en las abundancias de valores de existencia y ocupamos la primera social; sin embargo, momento ninguno nos brinda aliciente de vida, felicidad ni paz, pues en guardia siempre para guardar y multiplicar esos valores, nos hacemos esclavos de nosotros mismos y mientras, el beneficio funcional y el del tiempo corren hasta gastarse, caemos y todo se pierde sin que hayamos registrado disfrute alguno ni de una ni de otra cosa.

El hombre tiene que prosperar en su beneficio: abundancias de valores materiales para mejor existencia; libertad, paz y tranquilidad en el ir y venir por el respeto y consideración a que se haya hecho acreedor; perfección del espíritu por las obras de bien ejecutadas. No contrario para la muerte: acusación de la conciencia por el hecho ilícito cometido; inquietud en el ir y venir por la crítica reprochable de la generalidad; preocupación por el falso más tener; y, existencia jadeante por la guardia y cuidado que tiene que mantenerle a los valores y a su persona por los enemigos creados; resultado de ello, el caos.

Nuestra prosperidad debe ser completa para que nos derive beneficios en todos los tiempos; esto se explica por lo dicho anteriormente y por las necesidades que indispensablemente tenemos que cubrir, por estar en ello involucrado el subsistir, por un lado, y el buen vivir por otro.

A parte de todo lo expuesto, la prosperidad individual es una obligación como expresión de la divina naturaleza que

lo asiste, con la cual da testimonio de su superioridad legítima como semejanza de Dios. Por ello, al decir prosperidad, debe entenderse que es la posición que ha o va adquiriendo el hombre, mediante el trabajo y sus honradas acciones, en pos de un más amplio y mejor modus vivendi para utilidad y evolución suya y de los demás.

XVI

LOS BENEFICIOS

Indudablemente que el ser humano a través de la vida, aparte de este beneficio y el del tiempo, continuamente está recibiendo y disfrutando de otros, bien concedidóles por la naturaleza o producidos por el genio, lo que aún más debe estimularlo para el mejor cumplimiento de su misión, ya que con ello amplía su conocimiento y puede construir valores, toda vez que dispone de energías saludables y fructíferas para a igual que el genio, ejemplo, hacerse útil a sí mismo y a los demás, que es el principio u objeto que persigue la naturaleza superior que nos asiste.

Lo expuesto es, porque todo individuo debe mantenerse en un ideal de vida, es decir, que produzca a ésta, puesto que nuestra función como ser es dar testimonio de ser, y es en virtud de ello que imprescindiblemente hay que dar beneficios y de esto no suceder así, entonces carecemos por completo de todo, ya que por ser nosotros semejanza de Dios y tener que dar prueba de ello, individualmente tenemos que ocuparnos de nosotros, y aquí precisamente, el deber de beneficiar y no limitarnos a gastar, de los encontrados producidos por la naturaleza y el genio; porque en verdad, que éstos están a nuestro servicio, pero para que nos estimulemos y como base para que construyamos propios, que son con los que ascendemos, evolucionamos y alcanzamos el alto y exclusivo privilegio sér.

Es que bajo ninguna forma debemos limitarnos a lo que hay, ello es anquilosarnos; tenemos que hacer evolucionar esos

haber para que se multipliquen los beneficios, con lo cual también demos prueba de saber y poder, elementos con que nos edificamos y que atestiguan nuestra semejanza con Dios. Lo dicho es porque la principal función individual es para perfeccionarse; y para ello tenemos que poner en juego las facultades para que desarrollen, y en actividad los sentidos, para la mejor realización del ideal que nos dará el triunfo.

Es que los beneficios que encontramos no son de nosotros, y por lo mismo tenemos que hacernos meritorios para su disfrute; y esto hacemos, aprovechando las ventajas de esos para edificarnos, que es el fin que persigue Dios, la naturaleza (las leyes de Este) y el genio (donde Aquel se identifica) al construir los valores.

Como principio, grandes beneficios nos da la naturaleza a todos como base para que nos edifiquemos: la tierra fructífera, para valores de existencia; la luz, para la atinada andanza en el medio; la noche, para la oración y el reposo; la lluvia, para la buena cosecha; el tiempo, para la evolución; de todo ello disponemos y disfrutamos la generalidad, no importa el sitio que ocupemos en la sociedad ni la raza a que pertenezcamos; sólo basta con ser humano.

De otros beneficios producidos por el genio como estímulo para que individualmente a igual que él demos testimonio de ser: Sócrates, como vía de conocernos a nosotros mismos y por tal al mundo; San Pablo, para vencer al mal; Schuman, como expresión del refinamiento del espíritu; Colón, como poder de conquista; Edison, como facultad y voluntad de crear. Todos ellos, ejemplo de vida y esperanza para edificar beneficios.

A todos ellos se unen supremos beneficios que alcanzan y abarcan el pasado, el presente y el futuro de nuestra vida y el sér: Jesús y Lincoln; el primero, da testimonio de Dios y del hombre, traza el camino a seguir para la redención, prueba la divinidad del espíritu y al mismo tiempo da la pauta para la paz de que debemos disfrutar en lo material; el segundo, de crédito a la libertad e igualdad que nos acuerda el Padre, para que nos edifiquemos y determinemos la posición

objeto de nuestra aspiración, por lo cual se originan los primeros beneficios antes citados, es decir, como ejemplo, la luz ilumina para todos y la buena cosecha nos hadta a todos.

Aquellos y a los supremos palpados y tocables que hemos citado, se une, para hacernos de los dichos con el especial, la virtud, con el que identificamos al Padre, llegamos a la grandeza y nos hacemos dignos de la vida, es decir, nos mantenemos en el bien para el bien mismo, pues ese es el beneficio para los beneficios, puesto que con aquella combatimos al mal, es principio de sabiduría y lazo que nos une directamente con Dios; por eso en todo tiempo y en toda circunstancia debemos abrazarla, para esto se encuentra en nosotros, mejor dicho, puesta a nuestro servicio, y solo basta tener fe y sana voluntad para tenerla en mano como arma para romper la cadena que por error u otro motivo nos esclaviza.

Y es que Dios da testimonio de sí a través del hombre para el hombre; por eso los beneficios de segundo orden, éstos son, los producidos por el genio, los cuales nos dan a entender que todo individuo viene al mundo con la misión especial de perfeccionarse, o sea, dar prueba de ser, y por ello que no podemos limitarnos al disfrute de lo encontrado, ya que esto es contrario completamente a la contextura de nuestro espíritu, el que tiene que construir y evolucionar para el mérito y la aseguanza de su divina procedencia.

Por todo lo expuesto, los valores encontrados por nosotros, debemos utilizarlos como verdaderos beneficios para edificarnos y mostrarle al mundo el quilate de nuestro espíritu y la grandeza de Dios, pues tenemos la obligación de dar testimonio de El a través de nobles obras que ejecutemos, con las cuales es que nos hacemos también dignos de sus glorias.

Es que por las tantas cosas que hace el Padre con nosotros y por los múltiples beneficios que ha puesto en nuestro camino, es que debemos dar testimonio de El y prueba de nosotros mismos; ello es, edificando obras altruistas y manteniéndonos en el bien para el bien mismo.

XVII

DISTRIBUCION

Ante el Padre, Dios, y frente a sí mismo y el mundo, el hombre tiene la responsabilidad de corresponder para ser, o en contrario, a falta de su no edificación, para no sér; de ello se originan, por un lado, las obligaciones morales para evolución del espíritu; y por otro, las necesidades materiales para la subsistencia de la personalidad; por eso, todo lo que hay en nuestro alrededor está sujeto a leyes equilibradas, lo cual al tiempo que dá fuerza y apoyo a la razón sér individual, indica que los valores existentes a nadie pertenecen más a todos favorecen; precisamente ahí, el testimonio de la imprescindible edificación que tiene que hacerse cada quien no solo para ser eternamente, sino también para la calidad en la breve existencia.

Hemos hablado acerca de los períodos de que es objeto el hombre antes de consentir o ser la habitalización de poderes para que así mismo se edifique, lo cual al llegar u obtener esos, entra su responsabilidad para dar prueba de ser, quedando por tanto todo lo demás de su parte, no interviniendo nadie en la suerte de su futuro.

Lo antes dicho lo exponemos porque son muchos los hombres de distintos grados de habilitación que mal orientados dedican de la mal a distribución de los valores hecha por la naturaleza, o de que al Padre, Dios, no le importa nuestra suerte, y para ello se fundan en que un individuo (sin mérito en este caso) tiene más suerte que el otro (meritorio); esto es así, pero sucede, por un lado, que el primero ha desarrollado más su visión y facultades, o por otro, ha caído y se mantiene en las circunstancias favorables del ambiente, por lo cual recoge de manera más fácil los valores que el segundo, siendo así que lo que hay no es de nadie más que a todos no pertenece sin reparo de ninguna especie.

Las leyes que rigen el universo y la ética o principios a que está sometido el ser humano, son invariables y su aplica-


32

ción abarca todo lo existente; ello como ejemplo, el valor biológico beneficia a todo aquel que se lo aplique para determinado objeto: sanan las medicinas tanto al bondadoso como al malvado; alimentan y hartan los frutos al benigno como al indigno, todo esto se explica porque nosotros somos los que tenemos que edificarnos, contando para ello con un solo beneficio: la vida; luego, de lo que hay, quedando a nuestra merced la suerte correspondiente de que somos objetos.

No nos damos cuenta que lo que hay no es de nosotros; no obstante, todo lo que hay a todos nos pertenece, tal el caso de la luz, y esto indica el interés de Dios para con nosotros; sin embargo, no interviene con lo de nosotros, ¿por qué?, por el hecho de que somos semejanza Suya y por el derecho que nos dá para sér; luego, nosotros mismos somos los que tenemos que determinarnos, amén de que damos testimonio de nuestro poder y sabiduría, y de aquí el equilibrio existente y para que se cumpla en cada individuo su voluntad, al ser o a la nada, conforme a sus edificaciones.

Por lo expuesto anteriormente es que a ningún individuo que no esté en gracia con el Padre, se le niega el beneficio de los valores de existencia para que se haga de los externos, que es el fin perseguido; asimismo tampoco aquel que estando dentro de los mandamientos del Padre, no está exento de sufrir los rigores y consecuencias de las leyes que rigen el universo; ejemplo, en un naufragio, el ingrato que es el primero, cae en las circunstancias favorables del océano, se salva, contrario, el perfecto, cayó en la adversa, no tiene más que resignarse pues pronto desaparece. Semejantes ejemplos vemos a diario, tal como el del medicamento que aplicado a distintos individuos, pacientes del mismo quebranto, a uno salva y al otro no; en ello intervino la condición física de cada uno, no el mérito ni la buena suerte.

Por otra parte, lo que hay para edificación individual es, no puede haber distingo en su distribución ni aplicación: la buena cosecha favorece a todos y la tormenta nos sacude a todos; ello porque estamos sujetos a las mismas leyes. Si la naturaleza le negase al malvado el beneficio de los valores, cómo pudiera éste reivindicarse, para esto, mejor lo ayuda.



Tenemos que compenetrarnos, pues contrario a la creencia de la mayoría de la inapersividad de Dios con nosotros, se impone la fe, pues el Padre concede beneficios extras desde perdón hasta redención cuando arrepentidos clamamos a El: libráse de la muerte el bondadoso; de la horca el infame; el afligido por el dolor, recobra salud; y la tempestad se calma, todo ello es prueba de la bondad de Aquel.

En virtud de todo lo expuesto, debemos aprovechar la lección que nos da la naturaleza en relación con su equitativa distribución de los valores, para que con el beneficio de éstos nos edifiquemos mejor y hagamos placentera la existencia, ello es posible, por el cuidado que sobre nosotros mismos nos dispensamos, y la atención ajustada a cada uno de los valores que nos circundan.

XVIII

LOS PRIVILEGIOS †

En principio, se alza la vida como expresión de sér para ser, es decir, función para evolución espiritual y revolución material; esto, después de habilitársenos de poderes para consentir, que es cuando realmente se impone en nosotros la razón sér, ya que ello es la suma y límite que se nos concede para completar el exclusivo privilegio para la grandeza, a la cual llegamos mediante la aseguanza de ese privilegio, que es la semejanza con Dios o Espíritu Santo que nos asiste.

De ello que los beneficios por los valores habidos resultan como materias primas para la edificación individual, edificación que difiere de sí mismo, puesto que en principio se alza la vida no como sér sino para sér, de ello el segundo escalafón, crecimiento y desarrollo; luego el tercero que es cuando entra la responsabilidad que tenemos por nosotros mismos, es decir, que dependemos de nuestros actos y somos tal y cual como nuestra edificación; y esto, porque hay que dar prueba de la divina naturaleza que nos asiste, es decir, que como so-

mos semejanza de Dios a igual que El tenemos que saber ser libres y abrazar en todo tiempo su principio o ideal, el bien.

Al ideal del Padre, que es el bien, nos debemos todos; por ello en el bien tenemos que mantenernos, porque fuera de él dejamos de pertenecer a la casta o esencia del Arbol de la Sabiduria; y por tanto, los beneficios dejan de pertenecernos porque nos hacemos ilegítimos, muy especialmente del funcional: la vida, principio de sér para sér.

Por lo dicho es que el individuo, a imitación de Dios, tiene que dar beneficios, porque con ello está dando prueba de ser legítimo heredero del Padre que capta y utiliza de su poder y sabiduria; primero, para fortalecer su ideal, el bien; y segundo, para ser libre para lo cual crea nobleza como definición de la posición objeto de su principio sér.

Si nos compenetramos, obtenemos la verdad de todo, el bien nos inspira por ser nosotros producto de ese, y por tal tratamos de hacernos de éste para mantenernos en él, única forma de obtención del supremo beneficio, la virtud, con la cual evolucionamos para la perfección del espíritu y hacemos revolucionar para la gloria de la personalidad en el ambiente de principio, para edificación de la grandeza inmortalidad del alma.

Los valores existentes son otros en que podemos identificar o palpar la verdad y justicia de Aquel, pues el beneficio de esos no tiene distingo aunque de nadie son, sino que están al servicio de todos para la edificación individual, y de ello el por qué es imperdonable el que se queda atrás, es decir, que no dé prueba de ser mediante el uso de aquellos valores para definir (construir) su posición, presente y futura.

La realidad creadora individual, sus hechos y las causas por las cuales tiene el deber de darle cumplimiento a su misión para asegurar su razón sér, deben ser orientados y alimentados por la virtud puesta a su servicio por el que nos dió la vida y la exclusiva oportunidad de inmortalidad mediante el cumplimiento de esa misión, que es la perfección del espíritu, que es consecuencia de sus edificaciones altruistas, equivalente a mantenerse en el bien principio e ideal del Padre.

El hecho de la fluctuación del estado individual, es por la razón de que el beneficio funcional, la vida, se entrelaza en tal forma para la mejor orientación, o sea para que nos conozcamos y deduzcamos el bien y su contrario el mal, en cuya órbita nos mantenemos y es donde tenemos que poner de manifiesto nuestra templanza: poder y sabiduría para no dejarnos arrastrar de la influencia malsana del último, pues de no ser así, nos alejamos de nosotros mismos, es decir, de la naturaleza divina que nos asiste, ya que nuestro principio es el ideal de Dios, y si negamos tal cualidad, lo perdemos todo, ya que no podemos mantenernos en ese sin haber alcanzado el grado de pureza o perfección de que tenemos que hacernos nosotros mismos.

Al llegar a la vida, es decir, al fundársenos, se nos limita el tiempo en que tenemos que dar prueba de ser; precisamente, para ello se nos habilita del poder y sabiduría, luego se nos acuerda libertad, ésta no obedece a que el ser nosotros hijos y semejanza de Dios, a igual que El debemos tener conciencia de lo que hay, muy exclusivamente de nosotros mismos, y por ello que no se nos obliga a seguir camino alguno, sino que nosotros somos los que con la intuición y raciocinio consentimos para tal o cual, que es lo que nos hace responsables de la suerte presente y futura.

Aparte de lo dicho, se nos pone a disposición la virtud, con la cual debemos recoger los beneficios; al hacerlo, nos mantenemos en el bien para nuestro bien, ¡o que afianza definitivamente el sér.

Por otra parte, lo que con justicia le pedimos al Padre, se nos concede, toda vez que lo que hay, para nosotros es; en ello arriban los privilegios de que gozamos, los cuales debemos afianzar manteniéndonos en los principios, que es forma de hacernos dignos del Santísimo, pues al seguir su ideal, estamos junto a El eternamente.

Por los privilegios que se nos conceden, ello aparte de nuestra fundación, es que debemos dar prueba de nosotros mismos; esto, siguiendo el ideal del Padre que es el bien, en el cual nos mantenemos obrando equilibradamente y edificando nobleza.

XIX

HONRA

Como honor y expresión de perfección ante todo individuo, se alza la obligación con el padre de su origen, o sea con aquel por cuyo intermedio se produjo el alto motivo sér, y quien acatando y dándole cumplimiento a la inspiración divina del espíritu, sacrificó de sus beneficios en el crecimiento y desarrollo para la mejor habilitación de saber y poder del descendiente de su origen.

Es que dios da testimonio y se identifica en el sér humano, hemos dicho; por ello el principio del hombre es el hombre, luego su suprema obligación es servirle al mismo, que es hacerlo con el Padre, el Santísimo, quien a parte de ser el creador, es el origen de nuestro origen, y a cuya merced debemos los valores y con el beneficio de éstos nos edificamos, o sea nos hacemos dignos de ser legítimos herederos de El.

De hecho, nuestra principal función para acrecentar el privilegio de inmortalidad que nos asiste, es el cumplimiento de las obligaciones que para ello tenemos contraídas, especialmente la de enaltecer a nuestros progenitores, enaltecimiento que comienza cuando somos hombres útiles, que damos beneficios y nos hacemos sentir en la sociedad mediante las altruistas actuaciones que afectamos, ello es, hacerle honor al autor de nuestro sér, ya que nuestro bienestar lo hace feliz; esto, aparte de que debemos mantenerlos en las abundancias de valores de existencia para la grata vida.

Si mal nos portamos con el portador de nuestro origen, con ello nos estamos colocando fuera de nuestro principio, pues Dios al concedernos la gracia sér, lo hace por el verbo; éste lo encarna el hombre, hijo y semejanza suya, y en este caso su representante; eso alcanza a todo ser humano, y sigue su curso por voluntad de Aquel, fuerza a la que nadie puede negarse y que sólo se presenta como misión en el período de responsabilidad.

Es que de no ser por la sana inspiración de nuestros principales, nada fuéramos, o cuando menos, como suceden en

muchos casos y que vemos a diario, de individuos mal habilitados, anquilosados por no saber conducirse en el medio; son afrenta para la sociedad, degeneradores de los altos principios, esclavos de las miserias y por tanto, blanco de la crítica degradante y de la lástima ajena; todo, porque el padre mal los adaptó, traicionando así su principio.

Es que al autor de nuestros días debemos de llevarlo muy en alto, pues él es el símbolo por el cual se originó el primer beneficio, o sea la vida, luego de sus beneficios, para nuestra mejor habitalización, aún también cuando entramos en la responsabilidad de hacernos, recibimos de sus sanos consejos, de sus valores de existencia, en fin, lo suyo nos pertenece, desde honra hasta gloria.

Hemos hablado acerca del origen divino del ser humano, cuyo advenimiento se produce por mediación del hombre, quien encarna el verbo, y esto afianza aún más nuestra semejanza con Aquel ser infinito, quien para dar testimonio de Sí, se identifica en el hombre.

De ello que so pena moral y materialmente, el hombre que negare al ascendiente o descendiente de su origen, pues más que malvado es, puesto que si lo hicieron, por suma obligación tiene que amar y honrar al símbolo de su sér; y si él hizo, es decir, portó el verbo, considerar y conducir al que lo representa y lo lleva a toda parte, como expresión y testimonio de ser.

Todo individuo, directa o indirectamente, por ser semejanza de Dios, tiene que dar testimonio de Este; de ello la sucesión de origen que tiene como principio el hombre y sigue su curso en el hombre, siéndole imposible a cada quien dar cuenta del remoto de la vida, y asimismo del final, por ello que el advenimiento como la transfiguración están en suspenso en lo relativo a de donde vengo y a donde voy.

El hombre tiene que honrar para ser honrado: a su principal, dignificarlo, enaltecerlo, glorificarlo, porque a él se debe, es decir, respira, acciona, va y viene; a su continuador, trazarle pautas para la edificación de la vida, esta es, indicar-

le el camino del bien, el espacio vital para ser eternamente: cómo triunfar y ascender para la grandeza.

Todo individuo, en primer lugar, tiene que ser condescendiente hijo, dar testimonio de su ascendiente; luego, útil y benéfico padre, ejemplar para los seguidores de su origen para la mejor edificación de estos.

Es que el hombre tiene que ocuparse de lo suyo: de lo contrario, lo pierde y así mismo se pierde. Más que un deber y una obligación tenemos con nuestros ascendientes y descendientes; por ello en todas las circunstancias tenemos que asistirlos con beneficios que fortalezcan su ser y la vida, que equivale hacérselo nosotros mismos.

Hay pues, que dar testimonio de Dios, que es el origen de nuestro origen; lo hacemos, honrando al hombre, templo del Espíritu Santo; el ser, el verbo, la sabiduría, suma de bien, es decir, donde Aquel se manifiesta en virtud de ser éste su hijo y semejanza.

XX

LA FE

En el principio llegamos a la vida y atravesamos por un largo período de inconciencia; ello se impone como condición de luego ir adquiriendo la perfección por grado, lo cual aún más es prueba convincente de la divinidad del espíritu y de que el beneficio funcional, la vida, no es lo más importante en nosotros, sino el ideal de que nos hagamos asistir para hacer la vida, darle cumplimiento a la misión y testimonio de ser, cosas que comienzan a tomar cuerpo concreto, cuando nos disponemos a efectuar las obras correspondientes, que son las que determinan la posición presente y futura de todo individuo.

Por el estado de inconciencia citado, nadie puede dar cuenta de su procedencia; y esto se explica, porque somos semejanza de Dios, y para identificar a Este, primeramente te-

nemos que edificarnos; para ello se nos coloca en un espacio opulento de valores; luego, de beneficios ultras, tales como las virtudes, con las cuales nos mantenemos en Dios, porque estamos en el bien, y este es el principio y el ideal de El, y para esto el objeto de la virtud que tenemos que buscar y tener siempre como expresión de poder y sabiduría.

El hombre, para edificarse, dispone de muchos poderes y beneficios, dos imprescindibles de mantenerlos en alto: el ideal y la voluntad, luego de otro de mayor alcance: la fe; los dos primeros, producto de su espíritu; el último, lo encierra todo, sabiduría y potencia; esto, porque es luz divina, lazo del sér con su Creador, y por ello todo le es posible cuando el individuo se lo mantiene sano, es decir, si nuestro ideal es altruista, la aspiración justa y tenemos conciencia y absoluta confianza en aquella virtud; ella respalda la actividad que desplegamos con el poder voluntad, hasta darnos el triunfo.

Mucho es lo que tenemos que apurar y hacer para adquirir lo que necesitamos materialmente; sin embargo, cosa alguna satisface definitivamente en ese sentido, lo cual debe sernos de utilidad, por su lección, para la verdadera edificación que tenemos que procurarnos, ya que no es en la opulencia de valores de existencia en donde está el triunfo en la vida, sino en la seguridad de un destino venturoso, mediante la perfección del espíritu, lo que observamos por la paz y tranquilidad, satisfacción y alegría íntima que experimentamos por la honradez y edificaciones nobles ejecutadas.

El hombre, aparte de todo, tiene que fortalecer su espíritu con la fe en el Padre; su poder creador, con el sano ideal y voluntad; y a si mismo por entero, con la vergüenza para mantenerse en el bien en todo tiempo, pues éste es el principio de Dios y por tanto propiedad que tenemos que hacernos dignos de merecer, por ser beneficio legítimo que nos reserva El como herencia, una vez que hayamos dado testimonio de nosotros.

Nada hay en el mundo digno de consideración a menos que no sea pan de vida, o lo que es lo mismo, que nos reporte la savia de que necesita el espíritu para adquirir la per-

fección, savia que cada quien produce mediante sus actuaciones conscientes y equilibradas tendientes al logro del bienestar equitativo, el que comienza con la confianza que tengamos en nosotros mismos, al estar seguros de que por la sana conducta que observamos, no se nos acuse; el principal de eso, nuestra propia conciencia.

En todo tiempo y circunstancia, el individuo tiene que hacerse asistir de la fe objetiva, para así la voluntad poder mantenerse firme frente a todo intento malsano del mal y el mundo; y el saber mesurarlo, todo a conciencia en beneficio de nuestra edificación, cualidad con la que nos hacemos verdaderamente humanos y nos mantenemos en relación con Dios.

No debemos ni podemos vivir sin fe, virtud exclusiva con la que podemos llegar al conocimiento del misterio ser que nos envuelve, para luego tener dominio consciente sobre los casos y cosas, es decir, adaptarlos a nuestra hechura; esta es la verdad simple para orientación del espíritu, para disfrutar equitativamente del beneficio funcional vida; para hacerle frente al dolor sin desmayo; para rechazar lo dañino, y alzarnos como hombres triunfadores que hemos sabido enaltecernos, como expresión feliz al cumplimiento del deseo de Aquel.

Por otra parte, si nuestras actividades las encaminamos con fe, jamás puede ser en balde; el objeto es alcanzado, porque ha habido concordancia del ideal, la voluntad y la virtud, formando así una fuerza que lo puede todo sin que cosa contraria existente pueda detenerla. El triunfo es, el hombre de buena voluntad, es decir, que reúne aquellas cualidades. El hombre tiene que hacerse útil a sí mismo; lo hace, edificándose, para esto tiene que ayudarse: adaptar su sensibilidad a lo bueno; hacerse de la virtud; mantener activa la voluntad y al genio en producción; con ello alcanza los beneficios eternos y disfruta mejor de los de existencia, toda vez que se ha hecho merecedor de ambos.

El hombre debe apurar con fe la realización de sus aspiraciones, sin esa virtud jamás puede alcanzar el triunfo, pues-

to que a su falta el ánimo pierde potencia, la voluntad se desintegra y el carácter no puede personificar; lo que como resultado, anquilosa o cansa al genio creador. En virtud de ello, la fe debemos guardarla como divisa en todo y para todo, para así obtener beneficios puros que llenen y surtan verdaderamente nuestras necesidades.

XXI

LEGITIMIDAD

Como testimonio de su bondad e interés para con nosotros, Aquel que nos hizo a su semejanza también nos puso en el camino múltiples beneficios para nuestra mejor edificación, hacer la vida y legitimarnos como verdaderos seres que le damos crédito al altísimo ideal, el verbo, es decir, lo que realmente somos, espíritu selecto: de extensa sabiduría, de poder extraordinario, de potencia superior a todo, de vida inagotable, propiedades que forman nuestra divinidad, lo cual da origen a las obligaciones que tenemos para asegurar tal privilegio.

El hombre tiene que legitimarse como sér; en caso contrario, pierde las propiedades y privilegios que lo hacen impercedero, debido a que el ser nosotros hijos y semejanza de Dios, para merecer sus glorias tenemos que hacernos perfectos como El; y esto, ganarlo; que es el por qué el origen de la prueba a que se nos somete para que evolucionemos y demos beneficios para ascender y asegurar los eternos, que comienzan con la vida perdurable de que nos hayamos hecho acreedores mediante las obras nobles que levantamos, conforme a la contextura y divinidad del espíritu.

Es que si desechamos el camino de bien, estamos perdidos, porque en ese caso nos hemos traicionado nosotros mismos; puesto que el ideal del Padre, a cuyo principio debemos el sér, no lo practicamos, y por tanto los beneficios dejan de pertenecernos: los de existencia, porque son transitorios a

igual que nuestra personalidad; los funcionales, por estar controlados y limitados a la par que nosotros; y los eternos, los únicos que nos pertenecen por siempre, si nos falta base y mérito jamás llegamos a ello; entonces, la nada.

En la virtud es que tenemos que apoyarnos y respaldar el ideal, resguardar nuestra espalda para seguir hacia adelante por el sendero del bien hasta la completa realización: la activa acción para la noble creación, con la cual es que damos testimonio de nosotros para legitimarnos como sér.

Es que no podemos alejarnos de nosotros mismos; ello es traicionar nuestro principio. Tenemos que dar y ocuparnos de nosotros; ello se explica, por el bien en que tenemos que mantenernos en todo tiempo como principio de poder y saber, para cimentar la vida y regularizarla como beneficio que asegure la vida, o lo que es lo mismo, legitimarnos como verdadera semejanza e hijos de Dios, que sabemos construir beneficios conforme a sus deseos, precisamente para bien nuestro.

El ambiente en que nos mantenemos es el primero que nos exige legitimarnos, pues los valores existentes no alcanzan a satisfacer, ni la demanda de la personalidad, ni la sed de eternidad del espíritu; ello es lo que nos hace, cuando nos falta visión, interpretar mal la vida y por tanto gastamos de ésta sin edificarnos, y mientras, como consecuencia, lo perdemos todo incluso el ser.

La alegría de vivir comienza con la satisfacción por el cumplimiento del cometido tendiente a la aseguanza de la próspera existencia y al feliz cumplimiento de la misión que nos individualizará; en tal caso se disfruta de los valores y vamos obteniendo mayores posibilidades de superación para la grata existencia.

Y es que todo individuo tiene que legitimarse a sí mismo como hijo de Dios, pues aunque Este nos ha concedido todas las gracias, lo primero sér, tenemos que hacerle honor a ello dando beneficios, que es el objeto especial de nuestra misión, con cuyo feliz cumplimiento es que entramos por siempre en la vida.

No tenemos que esforzarnos para legitimarnos, solo basta con mantenernos en el bien: la verdad, como expresión de sabiduría; la templanza, como base de pureza; la altiva voluntad, como fuerza de poder para personificar; la bondad, como don de nobleza; la caridad, como principio de amor al Padre; la fe, como lazo de unidad con el hombre divinizado; la paciencia, como resignación de acatamiento a las leyes y ética de Dios, virtudes con las cuales derrotamos las malsanas tramas que la infamia nos tiende para la muerte, para así mantenernos en primera y legitimarnos como seres superiores que construimos, o mejor dicho, que sabemos escalar la cima para llegar a la grandeza y entrar de lleno por siempre en la vida.

Lo antes dicho se explica, porque no debemos desperdiciar lo que somos, es decir, el privilegio que nos asiste de ser hijos y semejanza de Dios, cualidad que tenemos que afianzar, legitimar, y ello es una realidad cuando ejecutamos obras que dan testimonio de nuestra divina naturaleza, que es hacerlo del Padre, pues al efectuar esa estamos dando de nosotros para provecho de nosotros.

XXII

LAS CIRCUNSTANCIAS

Hemos tratado acerca de las múltiples beneficios de que somos objeto por parte de nuestro Padre, quien en ningún momento deja de prestarnos, aún sin merecerlo, sus atenciones para nuestra mejor orientación en la edificación que tenemos que hacernos nosotros mismos, y de ahí el ambiente en que habitamos.

En el transcurso de nuestra vida encontramos valores que identifican la importancia de sér, y al mismo tiempo acreditan y multiplican la razón de ello para que apuremos mejor en el afianzamiento de tal cualidad, disponiendo para eso de la opulencia del ambiente y la facilidad que nos proporciona

la naturaleza mediante las leyes equilibradas que mantiene, las cuales dan vivo testimonio del poder y sabiduría, de la bondad y justicia que inspiran a Aquel para beneficiarnos en lo más posible.

Es que aunque todo lo que hay representa valor, no todo es beneficio; le pertenece al hombre, sin embargo no es del hombre. Las leyes que rigen el universo, a todos nos favorecen y a todos nos perjudican: el tiempo es sonoro pero tempestuoso; el espacio es prudente y adverso a la vez; el que pisa en falso se precipita, no importa quien sea, todo ello da a entender lo grande que somos espiritualmente, lo débil que somos materialmente, lo primero difiere y se afianza por siempre con nuestras obras (beneficio de la acción altruista); lo segundo lo evitamos observando un régimen ajustado que obedezca a la contextura del espíritu, con ello nuestra vida orgánica recibe más y mejor aliciente.

Nadie es culpable de las circunstancias del ambiente, sin embargo, todos tenemos que responder y pagar las consecuencias si violamos esas circunstancias, pues en el espacio y el tiempo está involucrado nuestro valor por el hecho de que en ellos tenemos que construirnos, es decir, dar prueba de sér.

Es que ningún individuo está exento de los rigores de las circunstancias desfavorables existentes; tiene que hacerles frente, a igual que experimenta satisfacción con las buenas, pues en ambas es que está su importancia y su valer, y en donde tiene que probar su templanza de ser.

Todo ser humano está sujeto a las leyes existentes, no importa quien sea, perfecto o indigno, príncipe o mendigo; a ambos les pertenecen los valores de beneficios y al propio tiempo sobre ellos caen las consecuencias de los fenómenos de castigo; lo primero manifiesta el alto privilegio sér; lo segundo la prueba del valor de ello.

Los desheredados de la vida son aquellos que se desligan de la virtud: los que piensan en falso al no creer ni crear; los que interpretan la vida es de goce y en ningún momento de sacrificio; los que creyéndose superiores a todos se sublevan

en contra de los sanos principios; los que ensimismados de nobleza adulteran y se adulteran; creadores y aplicadores de leyes y son violadores de principios; los que se creen doctos y se desconocen a sí mismos; los que creen ser la historia y por sus hechos degradantes se salen del género; los poderosos que desafían a Dios; los soberbios que sin dar vida amenazan con quitar vida.

Es que todo lo legal no es legítimo; esto tiene el hombre que llevarlo siempre presente para mejor ajuste de sus acciones, pues todo lo que autoriza la circunstancia creada por el hombre y muchas veces por la misma naturaleza, no da beneficios aunque derive valor; esto se explica, porque el ser humano no puede sacrificar lo del espíritu (la virtud) por lo de la materia (valores de existencia). Como puede notarse, lo segundo es legal; sin embargo, si procede y la conciencia acusa, en nada íntimo puede favorecernos.

Los farsantes de la época no pueden palpar el valor y beneficio de la virtud pues ocupados aferradamente a los de existencia, despreocupan lo real íntimo por lo relativo personal; todo ello, porque incapaces de ser prudentes en sus hechos y al no contener su visión mal fundada, se precipitan con derecho (lo legal) a la obtención de lo ya dicho transitorio, para satisfacer sus necesidades materiales, ocasionando con ello sacrificio y sinsabor a semejantes dignos de respeto, o por lo menos de consideración, cosa que va completamente contra la virtud, el bien.

Y es que como sucede en la mayoría de los casos, el hombre procede mal al encontrarse respaldado por lo legal (circunstancia que da derecho al hecho) puesto que esa misma circunstancia acuerda la regla para proceder en consecuencia, aunque sea en perjuicio del hermano.

Es que todo individuo recibe el favor de las circunstancias buenas, sonríe y todo le es placentero, siente que vive; asimismo, en las adversas, debe corresponder con templanza, porque, precisamente, ello le da fuerza de vida para aquilatar mejor el valor de los beneficios de que es objeto, en particular y muy

especialmente, el funcional, luego, el de la virtud, con el que se mantiene erecto y adelanta para la perfección.

Transitorio es el goce como el sufrimiento; la existencia y la dicha; la salud como el dolor; todos ellos difieren de la circunstancia en que nos encontremos, lo que nos indica que lo grande es el sér; luego lo que afianza y determina a ese, eso la virtud; de ello que tenemos que adelantar en lo más posible para rebasar en potencia las circunstancias antedichas, pues con ello damos prueba de legítima sabiduría, en la cual se funda y es producto el sér.

XXIII

RELATIVIDAD

Como hemos demostrado anteriormente, el hombre goza de múltiples beneficios que derivan, en su mayoría, de los valores existentes, otros, de las leyes o ética que li rigen todo; de terceros, que vienen directamente de Aquel, tales como la gracia, la luz, la transfiguración; desde que todos ellos después del gran hecho sér, el más alto motivo y beneficio a la vez, puesto que de aquí parte todo lo demás, la vida y lo que está involucrado en ella, para hacernos sentir como seres que habitamos en un ambiente que aunque controlado por un misterioso poder, éste nos enseña que no somos de ese ambiente, sino que en el mismo tenemos que edificarnos para llegar al eterno.

Por lo antes dicho, puede observarse que, la importancia de los beneficios se opera por grado, y por esto los de valores nos satisfacen: el manjar, el vestido, la diversión; los de ley o ética nos regocijan e inspiran: el paisaje, la buena cosecha, la vida en sí; los de privilegio para la perfección: la luz, la virtud, todos ellos forman o apuntan para el supremo beneficio que tenemos que ganar en la transfiguración, la inmortalidad, glorificación al espíritu, la gracia.



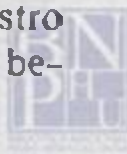
Ahora bien, todo beneficio, a excepción del escalafón nacer, oportunidad y manifestación de ser, tenemos que ganarlo, en primer lugar; luego, hacernos acreedores de ese como complemento de valorizar la utilidad, legitimidad, salvia de vida del objeto alcanzado por nuestras actividades y que nos ha acreditado la circunstancia, no porque seamos meritorios de poseer tal o cual, sino como ordenación para que la vida siga su curso, razón que origina la obligación que tenemos no tan sólo de ganar el beneficio, sino también de hacernos dignos de él.

Por lo expuesto, no debemos decir por la adversidad circunstancial, sino mirar hacia adelante para triunfar, pues tal como digimos, el jue pisa en falso se precipita, y es el caso de ley que se aplica a todo ser, lo que quiere demostrar que lo más importante no es el valor en sí, sino la calidad del individuo para adquirir y merecer los beneficios que derivan de éste y de las leyes existentes.

Muy grande es el misterio de las circunstancias existentes, cuyo poder favorece o contraría a todo sér, quien envuelto en la inmensidad de ese poder oculto, en lo tocante a lo personal, tiene que obedecer cabalmente a sus principios para no desaparecer; pero ello siguiendo las pautas de la ética que rigen el alma, para que de esa combinación se produzcan beneficios puros que purifiquen a la personalidad para la edificación de la vida, y santifiquen al espíritu con hechuras y ejecutorias de vida para el triunfo y la perfección.

El hombre es contradictorio consigo mismo, digimos, puesto que para dar de sí no calcula las circunstancias de que tratamos anteriormente; toda vez que al basar sus actuaciones en lo legal, en la mayoría de las veces se desliga de lo legítimo, para en nombre del derecho que lo asiste hacerse de los beneficios relativos (valores de existencia) sin importarle ni reparar la pérdida o alejamiento de los que acuerda la ética del espíritu, para ganar y adelantar los que vienen directamente del Padre.

Aparte de sér, principio para todo lo demás, en nuestro ambiente se imponen las circunstancias que originan los be-



beneficios unas veces, en otras nos lo niega; en ambos casos tenemos que edificar el sér, pues lo primero puede que ocurra por la legalidad antes citada; en el segundo, para beneficio indirecto, no de existencia, sino de ley o ética para la perfección, lo que nos da a entender que no es propiamente el beneficio de la circunstancia lo que determina la posición real individual, sino el que opere el individuo a la circunstancia para edificarse íntimamente.

Por ello, que los beneficios que derivan de nuestras acciones deben ser de satisfacción espiritual y regocijo personal, es decir, legítimos, alcanzados con honradez y acciones ajustadas para que así nos implen hacia el fin perseguido: la perfección, la grandeza.

Es que los beneficios nos pueden confundir, pues los de ley (circunstanciales) los recibimos para que la vida siga su curso; y esto debe estimularnos para edificarnos, ya que sin ser acreedores de ellos, se nos favorece; lo que nos procuramos nosotros mismos, lo debemos alcanzar con el sudor de la frente y equilibradas acciones; en tal caso, estimulan para hacernos acreedores de los de privilegios.

Es que en nada puede beneficiarnos valor alguno, si para su adquisición se ha llevado la angustia, o por lo menos perjuicio a nuestro semejante, aunque legalmente aquel nos pertenece (circunstancia que nos acuerda el derecho al objeto y a realizar actos que nos devenguen el beneficio) íntimamente nos derrotamos por haber violado otra circunstancia más elevada (ética del espíritu).

Por lo expuesto, la relatividad de los beneficios, muy especialmente los de existencia y ley, los que difieren casi siempre por las circunstancias y posición del valor que los produce, por lo cual debemos cuidar de llegar a ellos con medios adecuados conforme a la ética del espíritu, para legitimárnoslo y puedan así darnos la utilidad debida para la vida y la grandeza.

XXIV

LA LUZ

Muchos son los privilegios que tiene el sér humano ante la naturaleza (ley o voluntad de Dios), siendo uno y quizás el mayor de esos, el beneficio que deriva la luz, cuya utilidad abarca el sér y el objeto, es decir, que nos permite transitar el medio sin tropezar, y al propio tiempo nos orienta las facultades para que podamos apreciar y seguir el camino del bien, y, por tanto, le demos cumplimiento a nuestra misión, lo único que nos acuerda el mérito para alcanzar la bienaventuranza.

El beneficio luz es muy significativo, pues nos da a entender, entre otras cosas, nuestro principio y destino, a distinguir lo bueno de lo malo, el valor relativo para la buena subsistencia; del puro para la perfección y la grandeza, precisamente, sobre lo antes tratado acerca de los beneficios que acuerda la circunstancia, que aunque legales, en la mayoría de las veces, no son legítimos, y en tal caso nos perjudican íntimamente, o por lo menos detienen la evolución del espíritu.

El beneficio luz nos favorece en dos aspectos, y se manifiesta de igual manera, esto es, física e íntimamente; de ello que a lo largo de la vida nos enseña el espacio y los valores que lo circundan, esto, ante nuestros ojos, a aquilatar a esos y apreciar el tiempo mediante la penetración que hace en nuestro espíritu para despertar o desarrollar la inteligencia de que ha sido éste habilitado, con el fin de que adquiramos la perfección indispensable para asegurarnos como sér, en virtud de los beneficios que produzcamos, cosa con la que damos testimonio y legitimamos nuestra semejanza con Dios.

Por lo dicho, decimos, y con ello se comprueba que nuestro espíritu está asistido, aparte de otras propiedades, de una luz distante de la física, la cual hace desarrollar la inteligencia para que el individuo capte mejor la virtud y otras cualidades con que adelanta el feliz cumplimiento de su misión, la perfección.

No obstante lo expuesto, como puede palpase, entre la luz que asiste al espíritu y la física, existe un estrecho vínculo que tiende a darnos a conocer el objeto del medio para internamente determinarse: primero, su causa; segundo, su valor; tercero, sumisión, cuarto, su posición; quinto, el espacio que ocupa, sexto, tiempo de su misión de donde depende la circunstancia y el beneficio que nos deriva el mismo.

El hombre no puede fracasar en su formación, es decir, en el cumplimiento de su misión, pues para ello disfruta de grandes beneficios, unos que no tiene que recogerlos, que son los de ley para que la vida siga su curso; esos, los más importantes, ya que nos enseñan el secreto de la misma vida y el misterio u origen del bien y el mal; esto es, la lucha que esos libran en el medio: el uno, en favor de la perfección del individuo; el otro, contrario acérrimo para que eso no se realice, para así arrojarnos al abismo, las tinieblas, al no sér.

El resultado de lo dicho lo vemos a cada paso, pues recibimos los beneficios conforme al valor de nuestras acciones, beneficios que determinan asimismo la posición que debemos ocupar actualmente como triunfadores, y la sana satisfacción y de regocijo que nos rebosa íntimamente por el paso dado hacia la perfección; ello se observa cuando la actividad y lo que deriva de ella son legítimos.

Contrario, sentimos la tribulación de nuestra alma, carente de savia de vida, porque la sombra la envuelve; en tal caso debilita porque pierde o detiene el impulso de su inteligencia para conocer su legítima misión, y es cuando la visión no puede captar lo que la luz física señala; tropezamos con los objetos del medio y se pierden los beneficios, ya que hemos provocado una circunstancia contraria al sér y al propio objeto; de ello sobreviene la anormalidad que produce el sinsabor de la vida.

Ello es el caso de que no todos vemos para aprovechar los beneficios de existencia y de ley para el mejor cumplimiento de nuestras respectivas misiones, sino que tras las circunstancias de prueba que se operan en nuestro medio, al no ser éstas palpadas por el espíritu, y al apoderarse de nosotros

la desesperación y el desequilibrio, nuestras acciones producen otras circunstancias muy ajenas al orden y normalidad en que debemos mantenernos, y de ello nuestro fracaso como seres dotados de los más altos privilegios, los que al perderlos, nos colocamos fuera de la gracia y por tal dejamos de ser legítimos hijos de Dios, imposible merecer los beneficios de la bienaventuranza.

Precisamente, para que distingamos los valores altos, relativos y bajos, el que nos hizo a su semejanza, para favor nuestro en esta ardua prueba de merecer sus eternas glorias a que nos somete antes, nos legó la luz, como instrumento y alto beneficio para que no andemos en tinieblas, siempre que evitemos que pasión corrupta se interponga ante ella para crearle sombras al espíritu, y así perdamos la pureza y perfección, y no podamos llegar jamás a la grandtza.

Nuestra es la vida; lo que hay nos pertenece por ley o voluntad del Padre; sin embargo, para merecer los beneficios que derivan de eso, es imprescindible hacernos dignos antes; de lo contrario, no podemos ni siquiera llegarles o descubrir su sustancia.

Por ser la luz un misterio, beneficio que viene directamente de Aquel, debemos calcular lo que somos realmente, dar de nosotros como base de legitimar los que produzcan nuestras actividades, en abono de la prosperidad material y adelante para la perfección espiritual; ambas cosas, imprescindibles de adquirirlas para dar crédito a la superioridad legítima que se nos atribuye por ser hijos y semejanza de Dios.

XXV

FUERZA

No obstante poseer el hombre grandes y exclusivos privilegios concedidos por Dios a través de la naturaleza, en su camino encuentra circunstancias contrarias que tratan de apartarlo del buen ideal para hacer la vida y alcanzar el

triunfo; ello según creencia individual de lo cual se produce el desequilibrio unas veces cuando su visión y entendimiento no compenetran el medio, para que la voluntad pueda mantenerse en alto.

Fuerzas sanas y poderosas nos asisten a todo lo largo del camino; sin embargo, otras tantas contrarias se nos interponen para enagenarnos; de ello que se originan las dificultades para llegar y hacernos de los beneficios, con cuya lucha se nos somete a prueba, mediante la cual tenemos que dar nosotros, es decir, triunfar en el bien para ser eternamente.

Del choque de dos fuerzas contrarias (la del bien y la del mal) se alternan en el individuo ideales altruistas y perversos; éstos últimos impropios, por lo cual no puede dejarse vencer entregándose a lo contradictorio a su naturaleza y origen, para así perder los beneficios.

Es que no tenemos que esforzarnos para mantenernos en el bien, fuente de inspiración divina para nuestra felicidad y bienaventuranza, sino cuidar de obtener los beneficios conforme a la sana fuerza que nos acuerda la naturaleza, en concordancia con los elevados principios que en todo momento deben ser la base de nuestras acciones en pro del buen vivir.

Sobradas oportunidades tenemos para llegar a la grandeza, mediante la ejemplarizadora conducta, edificaciones y utilidades que efectuemos, conforme a la inspiración altiva y altruista de nuestro espíritu para producir beneficios, disfrutar de éstos y hacernos acreedores de los eternos.

Bien por el yo individual, las obras que den testimonio del sér para afianzar la vida, determinar la posición social de la personalidad, la nobleza íntima y la evolución ascendente real para llegar a la grandeza mediante la perfección del espíritu y los beneficios que hayamos producido en el curso de la existencia, en pro del cumplimiento de la misión, que nos acuerda el Padre para identificarlo y merecer sus glorias por habernos legitimado hijos y semejanza Suya.

Aparte de los beneficios de que disfrutamos y sobre las circunstancias favorables o adversas que se ciernen en nuestro

ambiente, somos objetos de atenciones por parte de Dios al recibir nuestras peticiones cuando éstas están acompañadas de la fe objetiva que en todo momento debemos mantenernos, no sólo como trampolín para llegar a El sino también como principio de unión y acatamiento a su voluntad, pues tal como hemos dicho, no es únicamente la conducta la que nos hace acreedores a los beneficios, sino que a ello debe unirse la diligencia por un lado, y la preparación por otro, para recibirlos y darle útil destino.

El hombre viene al mundo para servirse a sí mismo, esto es, para hacerse, dar testimonio de ser; ello comienza dando beneficios, siéndole útil a sus semejantes, provechoso a su individualidad, legitimándose en el bien, que es como se mantiene en estrecha relación con el Padre para así merecer el beneficio de la vida eterna, en virtud de las realizaciones levantadas como testimonio del amor hacia Aquel que lo hizo a su semejanza.

En si todos los hombres somos iguales, es decir, asistidos por la misma naturaleza divina para que nos hagamos; sin embargo, si pasamos como desapercibidos, el tiempo que se nos acuerda para ello, degeneramos, no podemos llegar ni disfrutar de los beneficios que se nos reservan para una vez que le hayamos dado cumplimiento a la misión.

Los beneficios por los valores transitorios no satisfacen al espíritu, aunque sean legales; por eso no debemos dejarnos llevar de las apariencias del ambiente, ni mucho menos, podemos usar, inconscientemente, la autoridad legal que nos acuerda la circunstancia; en virtud de que lo que necesitamos, no es propiamente el beneficio bruto del valor, sino el fondo de cómo ese beneficio.

Mantengamos incólume, y sanas nuestras fuerzas y visión frente a los casos y cosas de nuestro medio, precisamente para triunfar sobre esos para así cantarle en verdad a la vida, debido a que los beneficios que damos y recibimos son legítimos, tal como lo exige la divina naturaleza que nos asiste y como los necesita el espíritu para su evolución ascendente para la perfección.

Y es que por el hecho de que nuestras evoluciones derivan: primero, de las circunstancias que nos rodean; segundo, de la voluntad que nos mantengamos para las cosas, ello nos da a entender que debemos procurar, una vez que hayamos medido y compenetrado el ambiente, ajustar nuestras actividades a lo justo y verdadero, lo que comienza con la realización del ideal altruista que dará testimonio del sér para la vida y la grandeza.

Que las sanas fuerzas que nos suministra la alta naturaleza robustezcan nuestra mejor voluntad, en la lucha que libramos a diario para adquirir los valores que necesitamos para subsistir bien, y para darle feliz cumplimiento a la santa misión, la perfección del espíritu para la bienaventuranza.

Robustecer al espíritu con hechuras nobles y altruistas es nuestra mayor obligación que acuerdan los sanos principios, ya que al hacerlo así, estamos tonificándonos en verdad para la vida perdurable, que es el mayor de los beneficios que nos reserva, siempre que nos hagamos acreedores de ello.

XXVI

BENDICION

Decimos, y así se comprueba por medio de la conciencia, que el hombre está en gracia con su creador, Dios, y recibe de bendición (beneficios que vienen directamente de El) al efectuar obras que derivan beneficios en favor del género; ello se obseha individualmente por la satisfacción que se siente, por el estado de ánimo y la inspiración de vida que manifiesta a través de un regocijo altivo que tiende a mantener en primera al sér, no sólo como elemento representativo, la personalidad triunfadora, condecorada por los valores relativos, sino también como cualidad definida, el genio, representador y ejecutor a la vez de grandes realizaciones nobles, conforme al dictado que emana o viene directamente de Aquel; emanación que se deja entrever en los mandamientos que hace conocer por la naturaleza o leyes existentes.

Si cosa grande hay, digna de nuestra mejor atención por engarzar con nuestra naturaleza de existencia y étnica del espíritu, esa es aquella que produce y nos da beneficios sin advertir si somos acreedores de ellos, o simples habitantes insípidos que nos arrastramos por el mundo sin ningún ideal digno con que le hagamos honor a nuestro principio, por quien tenemos y debemos fomentar algo que dé testimonio de nosotros mismos, que es hacerlo de Dios.

Es el caso por el cual debemos ganar la gracia y no limitarnos a disfrutar de los beneficios de ley para que la vida siga su curso, pues para ello no es que se nos ha hecho, sino para producir algo que nos afiance y legitime como seres superiores que a igual que Aquel, nuestro creador, habitamos y aportamos para el bien; para esto damos beneficios y con ello testimonio de nuestra grandeza.

La superioridad individual difiere del corazón, esto es, de su nobleza y refinamiento íntimo; del cerebro, soldado ejecutor que aliado a la mente lleva a cabo los ideales altruistas del genio; de la voluntad altiva, vehículo con el cual el espíritu pone en función de edificación las virtudes y otras cualidades para el bien y la perfección; de la conciencia sana, para hacer luz y eliminar las sombras que matan el alma porque la hacen infame; y de las facultades todas para medir el ambiente y descubrir los vicios y las bajas pasiones, que tanto dañan: a la personalidad asquerosa y a la individualidad indeseable.

El hombre tiene que eliminar las sombras, es decir, los casos y cosas contrarios a su naturaleza; eso los advierte fácilmente aplicándole sentido a sus acciones efectuadas y a las que en vía de ello tiene para adelantar, pues como hemos demostrado los beneficios surten efectos cuando son lebitimos, esto es, al espíritu, savia de vida y la personalidad triunfo: salud y dicha, de esto se produce la alegría de vivir por el hecho de que se es útil, o lo que es lo mismo, el hombre se sirve a sí mismo y se hace sentir entre los demás, como ser benéfico que sabe darle cumplimiento a su misión mediante hechuras que alcanzan al sér y a la vida.

Lo dicho anteriormente es lo que debemos tener en cuenta como fuente de orientación para hacer, pero que esas hechas produzcan verdaderos beneficios para la vida y la grandeza; los que comienzan, individualmente, con la sana satisfacción que el yo íntimo experimenta por el altruismo de la edificación, la que vendrá a cubrir necesidades del género, o fortalecerá los principios humanos que nos asisten.

No basta el derecho a subsistir que acuerda la circunstancia; si ello no está respaldado por la legitimidad que por el mérito nos hayamos hecho acreedores, fortalecido ello por la naturaleza que produce no el beneficio propiamente, sino el valor del que deriva éste cuando el individuo lo ha pulido con el fin de que le rinda ese elemento.

A medida del tiempo, el hombre debe ir refinándose, ello es una obligación, además que en esto entra también el principio de perfección por la evolución que se ha operado; y si no hay refinamiento, muy especialmente del sentir y el actuar, no puede haber funcionamiento para adquirir tal cualidad, cosa que persigue nuestra naturaleza divina, por ser imprescindible para llegar a la vida y a la grandeza.

Nada es el hombre si le falta la gracia del Padre; ésta tiene que ganarla; ello es una condición para sér; por esto, si no trata de llenar ese requisito, más infame es, no porque Aquel lo exija, sino porque se rechaza, el sér.

La misión del hombre tiene como finalidad el perfeccionamiento de éste, cualidad que lo asegura como sér, tal cosa se explica, porque el individuo disfruta de libertad, razón por la cual, a sí mismo es que tiene que definir su posición conforme a sus deseos; porque con ello registramos transfiguración constante en paridad con nuestro proceder, el que se efectúa por mandato del yo espiritual, personificándose la acción por tanto, en nuestro carácter, es decir, que a través de éste se denota el estado del alma a consecuencia de la certeza o del error en que se ha incurrido.

En vista de todo lo dicho, debemos reaccionar a fin de que nuestras actuaciones correspondan en todo momento a respaldarnos, lo que sucede cuando aquellas han sido bien

hechas, conforme a nuestra inspiración nacida del espíritu; esto así, porque según accionamos vivimos, según vivimos nos transfiguramos, y de aquí se produce la grandeza o el destierro de sér, según el caso.

Vivamos en paz con nuestra sana conciencia; ello es el mayor beneficio de existencia porque da la felicidad que anhelamos; luego reaccionemos en toda dirección dentro del y para el bien, que es como somos poderosos por encontrarnos en gracia con el Padre, cosa que nos legará la grandeza a que aspiramos y que tenemos necesidad, la vida perdurable, la eterna gloria; la bienaventuranza que es el supremo de los beneficios.

XXVII

VOLUNTAD

En virtud de las leyes y los altos principios que rigen y asisten al hombre, éste tiene necesidad y obligación a la vez de superarse: progresar y mejorar sus condiciones de vida para estar más apto de dar testimonio de ser, principio y función para alcanzar y merecer los beneficios, los que comienzan con su advenimiento y se extienden a todo lo largo de la existencia para la edificación de la vida y la grandeza.

Si deducimos quienes somos, encontraremos en nosotros responsabilidad de nosotros mismos; ello, unido a obligaciones para el hecho sér, es decir, producir beneficios para alimentar de vida al espíritu, quien evoluciona para la perfección con obras altruistas que devengan beneficios de gracia, los cuales vienen directamente del Padre, sin los que no podemos mantenernos en pie por faltarnos la vida, mejor dicho por ser inmerecedores de ella.

Por lo expuesto, el fundamento de la libertad individual, cuyo principio está enderezado para el ser libre propiamente, mediante el conocimiento de la verdad, a la que no se puede llegar sin habersele dado cumplimiento a la misión, para lo

cual tenemos que comenzar conociéndonos a nosotros mismos, para descubrir, precisamente, la responsabilidad que tenemos por ser y para ser.

Tenemos que mantenernos en unión con Dios; esto lo logramos, realizando obras altruistas y manteniéndonos puros, pues toda acción nuestra debe obedecer al refinado pensamiento madurado en las lindes facultades y conciencia, ya que según la actuación, el ánimo, y de éste el estado general, el cual se advierte en el carácter individual, siendo por ello imposible que podamos permanecer ajenos a nosotros mismos, es decir, unguados en el error y el vicio que mata; siendo así que para evitar estas funestas irregularidades poseemos facultades y virtudes con que mantenernos erectos como triunfadores en la vida para la vida, fortalecido esto por los tantos beneficios que encontramos, muchos de ellos que no tenemos ni siquiera que ganarlos, tales como los de ley para que todo siga su curso.

Por ello es que el hombre tiene que formalizar y fundamentar sus actuaciones sobre bases de seguridad para que sean hechos concretos, de los cuales se produzcan beneficios, y no tan solo por eso debemos hacerlo, sino muy especialmente porque nuestra naturaleza moral está vinculada con la de cosas, mejor dicho, de valores, de los cuales nacen los beneficios de existencia.

Todo individuo, para disfrutar mejor de los beneficios naturales y de los que a sí mismo produce, para darle provechoso destino a fin de multiplicarlos, al llegar a ellos, desde luego, por el medio honrado correspondiente, debe establecerse una autoridad para su mejor administración, ya que su principal función y obligación apuntan al crecimiento y desarrollo de lo que hay, puesto que aunque la naturaleza (ley o voluntad del Padre) es la productora de todo, al hombre es a quien le corresponde encaminar las abundancias para su mejor subsistencia.

Por lo dicho, es que no basta mantenerse una buena conducta si ella no está respaldada por acción creadora, la que

nace del ánimo y la voluntad que poseamos para las cosas después que hayamos modelado la idea, cuya combinación produce y nos hace merecedores de los beneficios; y por otro, con ello también, ponemos a prueba la conciencia y ejercitamos al genio, sin lo cual nadie puede aquilatar el valor individual, incluso a sí mismo.

No debemos ni podemos bajo ninguna circunstancia permitir que nuestro espíritu debilite; de ello ocurrir, nos cautivamos nosotros mismos, motivado a que perdemos los privilegios de inmortalidad que nos asisten al echarnos en brazos de la muerte.

Nadie puede hacer por nosotros más que nosotros mismos, en virtud de lo cual es que debemos apurar para nuestra mejor edificación; esto lo hacemos con creaciones de vida en favor del espíritu, esto es, santificando la individualidad, cosa que se adquiere, en primer lugar, manteniéndonos en un régimen ordenado conforme a los altos principios; en segundo, ejecutando obras de bien inspiradas en el bien para el bien mismo, que es realmente donde encontramos los eternos beneficios.

Ello es lo que debemos tener en cuenta en todo momento para modalizar nuestra personalidad como triunfadora en el actual ambiente, para el disfrute de los beneficios de existencia; para enaltecer y dignificar al espíritu, la individualidad, mediante el testimonio que de sí y de Dios hayamos dado, para ser eternamente.

Por todo lo antes dicho, es que el hombre, para disfrutar y utilizar favorablemente los beneficios, primeramente tiene que hacerse asistir de un ideal altruista, con el cual poner de manifiesto su mejor disposición para el triunfo no sólo circunstancial, sino en todo lo que está involucrada la vida y el sér.

XXVIII

FINALIDAD

El advenimiento del hombre a la vida, después de haber escalado éste el escalafón habilitación de poder, independientemente puede calcular lo significativo de ese gran hecho, el cual opera y agrupa privilegios múltiples, contrayéndose por ello, obligaciones con sí mismo, ya que para asegurarse como sér, tiene que hacerse acreedor a ello, y precisamente para esto es que se nos conceden otras cualidades, tales como la virtud y los beneficios de ley que adquirimos conforme al ánimo y la templanza que nos alienten, para realzarnos como seres que nos interesamos por la verdad real para la vida.

Es que, todo lo que existe, tiene su principio para una finalidad; ésta responsabiliza al hombre para quien han sido hechos los valores; éstos derivan beneficios, con los que saboreamos la vida y ésta, entre otras, nos da a entender el exclusivo y privilegiado motivo sér, y por ello que debemos trazar un ideal definido y concreto con que darle cumplimiento a las obligaciones que nos crea la finalidad antedicha, para que nos aseguremos en la vida.

Lo que más individualiza al hombre son sus nobles acciones, puesto que con ellas presta beneficios a sus semejantes, que es la finalidad que establece la obligación de la misión que cada quien tiene contraída al tiempo de su advenimiento, con la salvedad de que es imposible recoger el fruto que derive ello, ya que lo del espíritu acuerda la bienaventuranza, y lo de la personalidad, cuando hay conciencia tranquila, la felicidad.

Lo antes dicho se explica, por la circunstancia o fenómeno natural, que para la prueba a que se nos somete para sér, se nos divide en individualidad y personalidad; luego al ser estos indivisibles, se responsabilizan mutuamente; de ahí que para la felicidad, los beneficios que se adquieren tras la suma de valores conquistados, tienen que ser legítimos, ya que si la conciencia acusa, no puede haber ni tranquilidad ni paz, el

espíritu tiene sombras y la personalidad es adúltera; en tal caso se tiende al no sér, puesto que no es la abundancia lo que enriquece al hombre, sino el cómo lo poco o mucho que posee para los beneficios que necesita.

Temporalmente gozamos de salud; ello es un beneficio de ley que se produce, aliado a la ordenación y cuidado que nos dispensemos nosotros mismos; también ello es condición para mantenernos en pie para ganar la vida y apurar mejor para la grandeza, que es para lo que todos hemos nacido.

De ello, que la finalidad que debemos perseguir en todo tiempo es la de prosperar moral y materialmente; lo primero, apuntando a ser eternamente, la bienaventuranza; lo segundo, para la vida, la felicidad; ambas cosas nos pertenecen y para su logro los beneficios que se extienden a todo lo largo del camino.

El valor individual difiere por su actitud frente a la vida, es decir, su conducta e ideal para puntualizar los hechos, en los cuales queda impresa su imagen y que vienen atestiguar el mérito que se haya fraguado en el transcurso de sus días, lo que es indispensable para disfrutar en verdad de los beneficios, y para alcanzar la propia vida, pues ésta reposa en las creaciones que hayamos efectuado en bien nuestro, para adquirir lo que necesitamos.

Tenemos que adelantar con hechos concretos, o lo que es lo mismo, que lo que hacemos sea bien hecho; de lo contrario, no llegamos a poseer nada, ni siquiera vida vegetativa propia; y al término de la existencia, perdemos el sér por no haberlo conducido por el sendero de la luz, de la verdad, de la virtud, cosa que debe entristecernos, pues si ayer no éramos nada y hoy se nos ha dado la oportunidad de sér, ello debe estimularnos y aprovechar el bien para edificarnos, más que para eso se nos ha concedido poder y base, tiempo y circunstancia.

El que siembra, cosecha; esto, de acuerdo a lo cultivado y conforme a la semilla, la que germinará multiplicando el beneficio cuando el producto es bueno; de adversidad, cuando

es dañino; ello se aplica a todos los hombres, cuya acción individual, si es noble, al tiempo debido lo coronará de dichas, de luz al espíritu y de vida todo; en cambio, si ha actuado fuera del orden humano, cosechará sinsabores, andará a tientas, y el caos se cernirá en sí por entero.

Es lo que debemos hacer: sembrar nobleza para cosechar el bien, el que nos hará inmensamente ricos, poderosos, porque una vez nos encontremos en él, nada ni nadie podrá dañarnos, y le cantaremos a la vida porque seremos eternos dentro de ella; porque a nuestra caída (sanción del tiempo) nuestras obras nos levantarán y sostendrán el espacio, en el cual nos mantendremos erectos por siempre, como hombres triunfadores verdaderos, hijos y semejanzas de Dios, y por tal habremos alcanzado por el mérito ganado todas sus glorias.

Esa es la tónica de la finalidad que debemos perseguir como principio y fundamento de nuestras acciones: hacer bien lo que nos proponemos hacer, para que nuestros hechos, individualmente, nos respalden en toda circunstancia, muy especialmente en la de la sanción del tiempo o transfiguración, por eso debemos aprovechar la vida para construirnos, la mejor manera de hacerlo, es manteniéndonos en el bien y en éste es imprescindible estar en todo momento, porque fuera de él de nosotros se apodera la muerte.

En virtud de todo lo expuesto, tenemos que apurar para determinarnos como triunfadores, esto es, afianzar el gran hecho y beneficio sér, que se operó por bondad y sabiduría infinita de Aquel que nos hizo a su semejanza, Dios.

XXIX

INDIVIDUALIZACION

Hemos dicho que los beneficios que derivan las obras del genio, al hombre le pertenecen, o mejor dicho, disfruta de ellas sin ningún distingo igual uno que el otro, ello lo acuer-

da la naturaleza quien da el primer ejemplo con los suyos, lo que también se da a entender con esto, que todos tenemos la obligación de aportar algún beneficio como tributo de ser y acatamiento a las leyes del Padre, con lo cual evolucionamos para la perfección, ya que damos testimonio de la divina naturaleza que nos asiste.

Es que todo individuo tiene que dar muestra de sabiduría; esto lo hace mediante las acciones que efectúa, las que si son bien orientadas, al haber partido de la bien concebida idea, se convertirán en hechos nobles concretos, y por tal lo que derive de esos será saludable para la generalidad, obteniendo, por ello, su arquitecto, las glorias correspondientes, en el ambiente actual, las abundancias para su mejor *modus vivendi*, acompañado esto de la consideración y admiración de todos; en la transfiguración final, la honra y tributo eterno como recuerdo a su personalidad.

La obligación que tiene el hombre de crear, se observa y se comprueba por su semejanza con Dios; y al hacer tal cosa, está dando prueba de sabiduría; desde luego, que las erecciones individuales tienen que ser buenas, conforme a la voluntad e ideal del Padre, para lo cual todos estamos en condiciones de llevar a cabo lo que nos propongamos hacer, ya que se nos habilita de los poderes correspondientes, además que en toda circunstancia y ambiente, cada quien encuentra en que ejercitar su genio para el feliz cumplimiento de la obligación antedicha.

Es en virtud de nuestra naturaleza, acompañado ello por los valores que nos circundan, luego robustecidos y respaldados por la virtud, que debemos efectuar obras que deriven beneficios, pues éstas serán las que nos levantarán y nos mantendrán como hombres triunfadores en la vida para la vida, además que al realizar tal cosa nos hacemos más humanos, porque nos adentramos en los principios que marca la ley de Dios, para hacer a éstos más visibles frente a los escasos por negligencia y que se creen llenarlo todo.

La realidad concreta de los hechos, y las causas constantes que se suceden en nuestro ambiente, dan testimonio de

que somos y seremos lo que representen nuestras acciones, es decir, el valor que pese nuestro trabajo para el beneficio de subsistencia en primer lugar; lo mismo para la erección que individualizará en el término de la jornada.

El hombre eternamente se mantiene a la perspectiva de nuevos acontecimientos, pues a diario ve cumplir el cometido de sus acciones, las que si son buenas, le derivan beneficios; contrario, las odevrsas, consecuencias funestar, se ciernen sobre sus hombros, y como cada quien tiene que responder por sí mismo, lo prudente es proceder legítimamente, con inspiración sana, con determinación concreta y con voluntad altiva.

Al llegar a la vida no podemos dar de nosotros, debido a que somos inconcientes; ello se opera para que en el transcurso del periodo de proceso de la habilitación, nos formemos un concepto real de nosotros mismos para conocer mejor la misión que nos embarga, los casos y las cosas que derivan el bien y el mal para el no sér; y esto, porque somos responsables de lo que hacemos.

En vista de lo que antecede, debemos dispensarle la mayor y mejor atención a nuestras acciones, y lo hacemos tratando de que las mismas sean bien fundadas, pues días vendrán, incluso hoy, en que por nuestros hechos, si buenos son, viviremos; si mal lo hemos hecho, pereceremos por ellos; esto lo comprobamos a cada instante; que querramos o nó, la posición que ocupamos, difiere de la clase de actividad que desplegamos; y aunque hayamos adulterado los medios para adquirir beneficios que nos mantienen en la primera actual, la conciencia causa, no se disfruta de felicidad, ni siquiera de paz.

El hombre necesita mantenerse en la verdad; ésta comienza a conocerla cuando procede legítimamente; de ahí que nadie ni nada puede dañarnos si seguimos el camino del bien, porque horas vendrán en que aquel que no tenga acción u hecho concreto en que apoyarse, llorarás amargamente y no encontrarás consuelo; levantarás la voz y no serás oído, por des-

preciar la luz, andarás a tientas descendiendo lentamente por la pendiente que precipita a la muerte.

Para la vida es que hemos sido hechos, pero tenemos que dar prueba de merecerla, para ello las obligaciones que tenemos contrarías para individualizarnos, que en otros términos quiere decir, perfeccionarnos, se adquiere esto con la evolución del espíritu, y esto acontece obrando conforme a los mandamientos y creando nobleza, que es con lo que atestiguamos y nos mantenemos en pie de vida.

Al individualizarnos, esto es, perfeccionarnos, alcanzamos los eternos beneficios y es cuando realmente hemos alcanzado el triunfo y llegado a la grandeza, conducidos a ésta por nuestras nobles obras, que son las que nos dan tal cualidad, conforme a lo dispuesto por la ley o ética del espíritu.

XXX

SUPREMA GRACIA

¡Oh Padre! Vencédenos la gracia de la virtud para eliminar las sombras que se tienden en el camino: para hacer germinar amor donde haya odio; para restablecer la libertad donde hay desaliento; para rebosar de alegría a los corazones tristes; en fin, haznos vehículo de Tu paz para consolar y no buscar ser consolados; instrumentar la fe que salva, frente a los casos y cosas que crean las miserias y conducen a la muerte, porque manteniéndonos en Tus principios, es cómo disfrutamos mejor de los beneficios y nos legitimamos como hijos predilectos para la bienaventuranza.

Hemos tratado acerca de los beneficios de que disfrutamos para hacernos placentera la vida y para producir otros de sustancias más tonificantes para el sér; de los que vienen directamente del Padre, muy especialmente el de la transfiguración, que podemos llamar la suprema gracia que El nos concede, pues el hombre de esa tiene necesidad en virtud de sus evoluciones constantes, más si las circunstancias le son desfa-

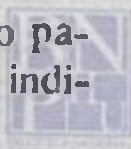
vorables, su edificación requiere mayores esfuerzos y serenidad supra y como tiene necesidad y obligación de hacerse, para esto tiene un término, a la llegada del cual debe respaldarse en las obras que hubo levantado con su genio, precisamente que es con lo que da testimonio de sí mismo.

Por lo antes dicho, desdichado aquel que no haya dado de sí sanamente en el transcurso consciente, pues al perder el poder, materialmente va haciendo miserable la existencia; moralmente al tener necesidad de la transfiguración, no tiene en que respaldarse a la llegada de esa, por ello pierde el sér, esto es, la personalidad carece del vehículo que la pasee a través del tiempo y el espacio, a lo que llamamos gloria por el renombre y la fama ganados; la individualidad, el espíritu, no tiene faro que le ilumine el puerto de destino donde reside la grandeza, todo porque en los días de apogeo el poder se dedicó a las cosas efímeras, sin contruir de las reales que dan la felicidad y preparan la inmortalidad.

De ello que el uso de los valores debe ser objetivamente para que produzcan beneficios de vida, pues el hombre no puede limitarse al presente ambiente de su personalidad, tiene que apurar en favor del de la individualidad que es para lo que se le ha acordado la misión y las obligaciones que conoces, que comienzan con el mantenimiento del yo material con pan de su especie ganado con el sudor de la frente; hacer evolucionar al espíritu con tónica de vida: la noble acción, el elevado principio, en una palabra, servir y servirse a sí mismo.

El hombre tiene que triunfar en la vida para la vida, para esto no debe limitarse a ser comprendido, sino antes comprender, no ser amado, sino él amar, porque conquistando corazones es cómo cada quien gana y se hace acreedor de la consideración y estima de sus semejantes, que es el principio de agradarse a sí mismo por el hecho de que se hace más humano, y esto lo acerca más a Dios, ya que se está dentro de los principios que El ha establecido.

Todos somos hijos de Dios y para nosotros hizo los beneficios, sin embargo, la legitimidad como tales y el mérito para el disfrute de esos, depende enteramente de nosotros indi-



vidualmente, y lo hacemos mediante la actividad que en pro de ello desplegamos.

Es que no es la existencia de la virtud propiamente lo que nos hace virtuosos, sino el uso de la misma como objeto de llegar al triunfo, como principio de perfección, como expresión de sabiduría; como dón de nobleza, como símbolo de erección; como fuente de aspiración y como base concreta para ser libres, ya que al reunir tales condiciones nos hacemos perfectos y alcanzamos todos los beneficios y nos legitimamos como hijos de Dios para la bienaventuranza.

Es por ello que tenemos que buscar la virtud y utilizarla como instrumento de producir beneficios, los que en verdad serán provechosos y suministrarán salvia de vida para ser eternamente, que es para lo que todos hemos nacido.

INDICE

I	Del Padre al hijo	7
II	Ser	10
III	Juicio	13
IV	El ser y la nada	16
V	El ser y la vida	18
VI	La misión	21
VII	Los valores	23
VIII	La gracia	26
IX	Beneficio del tiempo	29
X	Nuestro origen	31
XI	Testimonio	35
XII	Más allá	38
XIII	Utilidad	40
XIV	Previsión	43
XV	Prosperidad	45
XVI	Los beneficios	48
XVII	Distribución	51
XVIII	Los privilegios	53
XIX	Honra	56
XX	La fe	58
XXI	Legitimidad	61
XXII	Las circunstancias	63
XXIII	Relatividad	66
XXIV	La luz	69
XXV	Fuerza	71
XXVI	Bendición	74
XXVII	Voluntad	77
XXVIII	Finalidad	80
XXIX	Individualización	82
XXX	Suprema gracia	85

DEL MISMO AUTOR:

Edifica tu vida

El Poder Creador

Virtud, Genio y Carácter

La Etica Individual

El Camino del Triunfo

